

Utopias



KAREL ČAPEK

**RUR**

R O B O T S  
U N I V E R S A L E S  
R O S S U M

Lectulandia

R. U. R. (Robots Universales Rossum) es una obra teatral de ciencia ficción. Escrita por el checo Karel Capek en 1920, se estrenó en Praga en 1921 en el Teatro Nacional de Praga y en Nueva York en 1922. Es conocida por contener la primera aparición del término «robot». Dicha palabra había sido ideada por el hermano del autor, Josef Capek a partir de la palabra checa «robotá» que significa «trabajo, sobre todo el de los siervos de la gleba». Este término vendría a sustituir a «automat», que Josef empleó en 1917 en el relato corto Opilec («El borracho»).

**Lectulandia**

Karel Čapek

# **R. U. R. (Robots Universales Rossum)**

**Obra en tres actos y un epílogo**

ePub r1.0

17ramsor 09.09.13

Título original: *R.U.R. Ze ivota hmyzu*  
Karel Čapek, 1920  
Traducción: Consuelo Vázquez de Parga  
Retoque de portada: 17ramsor

Editor digital: 17ramsor  
ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Para poner la obra en escena se consideró necesario hacer algún cambio que no se incluye en esta versión. El principal fue suprimir los personajes de Fabry y de Helman. R.U.R. fue estrenado por Mr. Basil Dean para la «Reandean» Company, en el St. Martin's Theatre, en abril de 1923.

# Escenas

---

En una lejana isla.

## **PRIMER ACTO:**

Oficina central de la fábrica de Robots Universales Rossum.

## **SEGUNDO ACTO:**

Sala de estar de Elena.

## **TERCER ACTO:**

Igual que el anterior.

## **CUARTO ACTO:**

Epílogo - Uno de los laboratorios experimentales de la fábrica.

# Personajes:

---

**Harry Domin:**

Director General de R.U.R.

**Fabry:**

Ingeniero Jefe de R.U.R.

**Dr. Gall:**

Jefe del Departamento de Psicología de R.U.R.

**Dr. Helman:**

Sicólogo Jefe.

**Jacob Busman:**

Gerente de R.U.R.

**Alquist:**

Jefe de talleres.

**Elena Glory:**

Hija del Profesor Glory, de Oxbridge University.

**Emma:**

su criada.

**Marius:**

un robot.

**Sula:**

una robot.

**Radius:**

un robot.

**Primus:**  
un robot.

**Elena:**  
una robot.

y numerosos robots.



## Primer acto

(Oficina central de la fábrica de robots universales Rossum. Entrada al fondo, a la derecha. Por las ventanas se ven interminables filas de edificios de la fábrica. Domin está sentado en una silla giratoria ante una gran mesa de despacho sobre la que hay una lámpara eléctrica, un teléfono, un pesacartas, un archivador de correspondencia, etc. De la pared de la izquierda cuelgan grandes mapas de las rutas marítimas y de ferrocarriles, un gran calendario y un reloj que marca las doce menos unos minutos. En la pared de la derecha hay una serie de carteles colocados con chinchetas: «Mano de obra barata. Robots Rossum.» «Robots para el trópico. 150 dólares cada.» «Todos debieran comprar su propio robot. ¿Quiere usted abaratar su producción? Encargue robots ROSSUM»; más mapas, gráficos de transporte de cargas, etc. En una esquina una máquina de cinta magnética indica las tarifas de cambio. Contrastando con los adornos de las paredes, el suelo está cubierto por una magnífica alfombra turca. A la derecha hay una mesa redonda, un sofá, una butaca de cuero y una librería en la que, en lugar de libros, hay botellas de vinos y alcoholes. A la izquierda, la mesa del cajero. Al lado de la mesa de Domin, Sula está escribiendo cartas a máquina.)

DOMIN (*Dictando*): «Nosotros no aceptamos ninguna responsabilidad por los productos dañados durante el transporte. Cuando el envío fue embarcado, nosotros avisamos a su capitán de que el barco no era apropiado para el transporte de robots. Este asunto debe pasar a la compañía de seguros de ustedes. Por Robots Universales Rossum, atentamente...» ¿Acabado?

SULA: Sí.

DOMIN: Otra carta. «A la Agencia E. B. Hudson, Nueva York. Fecha. Acusamos recibo del encargo de cinco mil robots. Ya que ustedes envían su propio barco, hagan el favor de mandarnos bloques de carbón para R.U.R., que anotaremos como pago de una parte de lo que ustedes nos adeudan. Atentamente...» ¿Acabado?

SULA (*Escribiendo la última palabra*): Sí.

DOMIN: «Friedrichswerke, Hamburgo. Fecha. Acusamos recibo del encargo de quince mil robots.» (*Suena el teléfono interior. Domin lo coge y habla*) Dígame, esta es la oficina central...; sí..., sin duda. Ah, sí, como siempre. Sí, naturalmente, envíeles un cable. Bien. (*Cuelga el teléfono.*) ¿Dónde me había quedado?

SULA: Acusamos recibo del encargo de quince mil R.

DOMIN (*Pensativo*): Quince mil R. Quince mil R.

MARIUS (*Entrando*): Señor, hay una señora que quiere...

DOMIN: ¿Quién es?

MARIUS: No sé. Me dio esta tarjeta.

DOMIN (*Leyendo*): Profesor William Glory, Saint Trydes-wyde's, Oxbridge.  
Hágale pasar.

MARIUS (*Abriendo la puerta*): Por favor, por aquí, señora.

(*Entra Elena Glory*)

(*Sale Marius*)

DOMIN (*De pie*): ¿En qué puedo servirle?

ELENA: ¿Es usted el señor Domin, el director general?

DOMIN: Yo soy.

ELENA: He venido a verle...

DOMIN: Con una tarjeta del profesor Glory. Es suficiente.

ELENA: El profesor Glory es mi padre. Yo soy Elena Glory.

DOMIN: Señorita Glory, es para nosotros un honor poco corriente... ser... ser...

ELENA: Sí... Muy bien.

DOMIN: ... poder dar la bienvenida a la hija del distinguido profesor. Siéntese, por favor. Sula, se puede ir.

(*Sale Sula*)

DOMIN (*Sentándose.*): ¿En qué puedo serle útil, señorita Glory?

ELENA: He venido para...

DOMIN: Para dar un vistazo a esta fábrica nuestra en que se fabrica gente. Como todos los visitantes. Bien, no hay inconveniente alguno.

ELENA: Creí que estaba prohibido...

DOMIN: Está prohibido entrar en la fábrica, claro. Pero todo el mundo llega aquí con una carta de presentación y entonces...

ELENA: ¿Y se la enseñan a todo el mundo...?

DOMIN: Sólo algunas cosas. La fabricación de personas artificiales es un proceso secreto.

ELENA: Si usted supiera lo muchísimo que...

DOMIN: Me interesa, iba usted a decir. Europa no habla de otra cosa.

ELENA: ¿Por qué no me deja terminar de hablar?

DOMIN: Perdone. ¿Quería usted decir algo más?

ELENA: Sólo quería preguntar...

DOMIN: Si podría hacer una excepción especial en su caso y enseñarle nuestra fábrica. Sin duda, señorita Glory.

ELENA: ¿Cómo sabía que quería preguntarle eso?

DOMIN: Todos lo hacen. (*Levantándose.*) Consideraremos como un honor especial enseñarle a usted más que al resto, porque... en realidad... quiero decir...

ELENA: Gracias.

DOMIN: Pero debe comprometerse a no divulgar lo más mínimo...

ELENA (*Poniéndose en pie y tendiéndole la mano*): Mi palabra de honor.

DOMIN: Gracias. ¿Se levantará el velo?

ELENA: Ah, claro, quiere verme. Perdone.

DOMIN: ¿Qué, por favor?

ELENA: No le importaría soltarme la mano.

DOMIN: (*Soltándose la mano*): Perdone usted.

ELENA (*Quitándose el velo*): Quiere ver si soy una espía o no. ¡Qué prudente es usted!

DOMIN (*Mirándola atentamente*): Hm, claro está..., nosotros..., esto es...

ELENA: ¿No se fía usted de mí?

DOMIN: Oh, sin duda, señorita Glory, estoy encantadísimo. ¿No se sintió sola en el viaje?

ELENA: ¿Por qué?

DOMIN: Porque..., quiero decir..., es usted tan joven.

ELENA: Sí. ¿Vamos directamente a la fábrica?

DOMIN: Veintidós, diría yo, ¿eh?

ELENA: ¿Veintidós qué?

DOMIN: Años.

ELENA: Veintiuno. ¿Por qué me lo pregunta?

DOMIN: Porque... como... (*Con entusiasmo*.) ¿Se quedará mucho tiempo, no?

ELENA: Depende de cuánto me enseñe.

DOMIN: Bff, deje en paz la fábrica. Va usted a ver todo, señorita Glory; todo, todo. Pero haga el favor de sentarse. ¿Querría usted oír la historia del invento?

ELENA: Sí, desde luego. (*Se sienta.*)

DOMIN: Bueno, muy bien. (*Se sienta sobre la mesa de la máquina, mira a Elena con embelesamiento y comienza su discurso con rapidez.*) En el año mil novecientos veintidós el gran fisiólogo Rossum se retiró a esta lejana isla para estudiar la fauna oceánica, punto y aparte. Por medio de la síntesis química, intentó imitar la materia viva conocida por el nombre de protoplasma, hasta que, de pronto, descubrió una sustancia que se comportaba exactamente igual que la materia viva, aunque su composición química era diferente. Esto ocurría en el año mil novecientos treinta y dos, exactamente cuatrocientos años después del descubrimiento de América, ¡uff!

ELENA: ¿Se lo sabe usted de memoria?

DOMIN: Sí. La fisiología, señorita Glory, no es mi especialidad. ¿Continúo?

ELENA: Sí, por favor.

DOMIN (*Con solemnidad*): Y en ese momento, señorita Glory, Rossum escribió lo siguiente en su diario: «La naturaleza no ha encontrado más que una forma de organizar la materia viva. Hay, sin embargo, otro método más simple, más flexible y más rápido en el que la naturaleza aún no ha pensado. Este segundo procedimiento por el que se puede desarrollar la vida lo he descubierto yo hoy.» Imagínese usted,

señorita Glory, escribiendo esas maravillosas palabras. Imagínesele sentado ante un tubo de ensayo y pensando cómo de él crecería todo el árbol de la vida, cómo procederían de él todos los animales, comenzando por cualquier especie de escarabajo y terminando por el hombre mismo. Un hombre de una sustancia diferente a la nuestra. Señorita Glory, ¡aquél fue un momento impresionante!

ELENA: Siga, por favor.

DOMIN: Ahora la cuestión era cómo sacar la vida de dentro del tubo de ensayo y activar su desarrollo; formar órganos, huesos y nervios, y todo lo demás; encontrar sustancias tales como catalíticos, encimas, hormonas, etcétera, apropiadas... ¿comprende usted?

ELENA: No sé. Me temo que no demasiado.

DOMIN: No se preocupe. Con la ayuda de sus tintes podía hacer todo lo que quería. Podría haber fabricado una medusa con el cerebro de un Sócrates o un gusano de cincuenta metros de largo. Pero como no tenía el más mínimo sentido del humor, se le metió en la cabeza hacer un vertebrado normal. Esta materia viva artificial suya tenía una rabiosa sed de vida. No le importaba que la cosieran o la mezclaran. *Eso*, como usted admitirá, no se podía hacer con albumen natural. Y así es como él se puso a ello.

ELENA: ¿A qué?

DOMIN: A imitar a la naturaleza. Lo primero de todo intentó hacer un perro artificial, lo que le llevó varios años. El resultado fue una especie de ternera raquítica que se murió a los pocos días. Ya se la enseñaré en el museo. Tras esto el viejo Rossum comenzó con la fabricación del hombre.

*(Pausa)*

ELENA: ¿Y no puedo revelar esto a nadie?

DOMIN: A nadie en el mundo.

ELENA: Es una pena que ya se pueda encontrar en todos los libros de texto.

DOMIN: Sí. *(Salta de la mesa y se sienta al lado de Elena.)* ¿Pero sabe usted qué es lo que no se encuentra en los textos? *(Se da un golpe en la frente.)* Que el viejo Rossum estaba bastante loco. De verdad, señorita Glory, esto es un secreto que tiene que callarse. El muy chiflado quería fabricar personas.

ELENA: Pero ustedes sí que hacen gente.

DOMIN: Sintéticamente, señorita Glory. Pero el viejo quería hacerlas de verdad. Sabe, quería convertirse en una especie de sustituto científico de Dios. Era un tremebundo materialista, y todo lo hacía por eso. Su único propósito era, ni más ni menos, que dar una prueba evidente de que ya se podía prescindir de la Providencia. Por esto se emperró en fabricar gentes como nosotros, exactamente iguales a nosotros. ¿Sabe usted algo de anatomía?

ELENA: Muy, muy poco.

DOMIN: Igual que yo. Imagínese entonces que decidió fabricar todo igual que lo del cuerpo humano. En el museo le enseñaré la porquería de intento que le llevó diez años construir. Debiera haber sido un hombre, pero no vivió más que tres días. Y en esto llegó el joven Rossum, ingeniero, el sobrino del viejo Rossum. Un tipo imponente, señorita Glory. Cuando vio el lío que estaba formando su tío, dijo: «Es absurdo pasarse diez años haciendo un hombre. Si no lo puedes hacer más de prisa que la naturaleza, es mejor que te retires.» Y se puso a estudiar anatomía.

ELENA: En los libros de texto no viene nada de eso.

DOMIN (*Levantándose*): Sobre todo esto los libros de texto están llenos de anuncios pagados, y de estupideces. Por ejemplo, dicen que los robots fueron inventados por un hombre mayor. Fue el joven Rossum el que tuvo la idea de fabricar máquinas de trabajo vivientes e inteligentes. Todo lo que los libros de texto dicen acerca de los esfuerzos conjuntos de los dos grandes Rossum es una mentira. Tenían unas peleas impresionantes. El viejo ateo no tenía la menor idea de lo que era la industria y al final el joven Rossum le encerró en un laboratorio y le dejó que perdiera el tiempo con sus monstruosidades, mientras él comenzaba el negocio como un ingeniero sabe hacerlo. El viejo le maldijo, y antes de morir se las arregló para remendar dos errores fisiológicos. Y un día se lo encontraron muerto en el laboratorio. Esta es toda la historia.

ELENA: ¿Y qué fue del joven?

DOMIN: Bueno, pues cualquiera que mire un poco un tratado de anatomía se dará cuenta inmediatamente de que el hombre es demasiado complicado y que un buen ingeniero podría construirlo de forma más sencilla. El joven Rossum comenzó a repasarse la anatomía y a tratar de ver qué se podía suprimir o simplificar. En resumen..., ¿pero no le está aburriendo todo esto, señorita Glory?

ELENA: No, al revés, es enormemente interesante.

DOMIN: Entonces el joven Rossum se dijo: Un hombre es algo que, por ejemplo, se siente feliz, toca el violín, le gusta ir de paseo, y, la verdad es que quiere hacer un montón de cosas que son totalmente innecesarias.

ELENA: ¡Oh!

DOMIN: Espere un momento. Que son innecesarias cuando lo que se quiere de él es que teja o cuente. ¿Toca usted el violín?

ELENA: No.

DOMIN: ¡Qué pena! Pero una máquina de trabajar no puede querer tocar el violín, no puede sentirse feliz, no puede hacer cantidad de cosas. Un motor de gasolina no puede tener borlitas ni adornos de ninguna clase, señorita Glory. Y fabricar trabajadores artificiales es como fabricar motores. El proceso ha de ser de lo más sencillo, y el producto de lo mejor desde el punto de vista práctico. ¿Qué tipo de trabajador cree usted que es el mejor desde un punto de vista práctico?

ELENA: ¿El mejor? Quizá el más honrado y más trabajador.

DOMIN: No, el más barato. Aquel cuyas necesidades son mínimas. El joven Rossum inventó un obrero que tiene un mínimo de exigencias. Lo tuvo que simplificar. Rechazó todo aquello que no contribuía directamente al progreso del trabajo. De esta forma rechazó todo aquello que hace al hombre más caro. En realidad lo que hizo fue rechazar al hombre y hacer el robot. Mi querida señorita Glory, los robots no son personas. Mecánicamente son más perfectos que nosotros, tienen una inteligencia enormemente desarrollada, pero no tienen alma. ¿Ha visto usted un robot por dentro?

ELENA: ¡No, por Dios!

DOMIN: Muy pulcro, muy sencillo. Una pieza preciosa. Pocas cosas, todo en orden. El producto de un ingeniero es técnicamente más perfecto que un producto de la naturaleza.

ELENA: Se piensa que el hombre es el producto de la naturaleza.

DOMIN: Pues peor. La naturaleza no tiene la menor idea de ingeniería moderna. ¿Se cree usted que el joven Rossum jugaba a ser la naturaleza?

ELENA: ¿Qué quiere usted decir?

DOMIN: Empezó a fabricar super-robots..., verdaderos gigantes. Intentó hacerlos de cuatro metros de altura. Pero eran una porquería.

ELENA: ¿Una porquería?

DOMIN: Sí. Sin razón alguna todos sus miembros se desenganchaban continuamente. Evidentemente nuestro planeta es demasiado pequeño para gigantes. Ahora sólo fabricamos robots de talla normal y de alto acabado humano.

ELENA: Vi los primeros robots en casa. El consejo de la ciudad los compró... esto, los contrató para trabajar.

DOMIN: Los compró, querida señorita Glory. Los robots se compran y se venden.

ELENA: Estos estaban empleados como barrenderos. Los vi barriendo. Son tan raros y tan tranquilos.

DOMIN: ¿Vio usted a mi mecanógrafa?

ELENA: No me fijé en ella.

DOMIN (*Llama a un timbre*): Ve usted, la fábrica de Robots Universales Rossum no produce un tipo uniforme de robots. Los hay mejores y peores. Los mejores pueden llegar a vivir unos veinte años.

ELENA: ¿Y después se mueren?

DOMIN: Sí, se gastan.

(*Entra Sula*)

DOMIN: Sula, que te vea la señorita Glory.

ELENA (*Poniéndose de pie y estrechándole la mano*): Encantada. Se debe de

aburrir usted horriblemente en este lugar tan apartado, ¿no?

SULA: No sé, señorita Glory. Siéntese por favor.

ELENA (*Sentándose*): ¿De dónde es usted?

SULA: De ahí, de la fábrica.

ELENA: Ah, nació usted aquí.

SULA: Sí, me fabricaron allí.

ELENA (*Levantándose de un salto*): ¿Qué?

DOMIN (*Riendo*): Sula es un robot...

ELENA: Ay, perdóneme usted...

DOMIN (*Poniendo su mano sobre el hombro de Sula*): Sula no está enfadada. Mire usted qué piel fabricamos. Tóquele la cara.

ELENA: No, no.

DOMIN: No se nota que esté hecha de un material distinto al nuestro. Dése la vuelta, Sula.

ELENA: ¡Basta! ¡Basta!

DOMIN: Sula, dile algo a la señorita Glory. Es una visita muy importante.

SULA: Haga el favor de sentarse. (*Se sientan las dos.*) ¿Fue agradable la travesía?

ELENA: Sí, sí, desde luego.

SULA: No se vuelva usted en el *Amelia*, señorita Glory. El barómetro está bajando. Espere usted al *Pennsylvania*. Es un barco muy potente.

DOMIN: ¿Cuál es la velocidad del *Pennsylvania*?

SULA: Veinte nudos hora. Doce mil toneladas. Uno de los barcos más modernos, señorita Glory.

ELENA: Gra... gracias.

SULA: Ochenta tripulantes, el capitán Harpy, ocho calderas...

DOMIN (*Riendo*): Basta, Sula. Ahora muéstranos tus conocimientos de francés.

ELENA: ¿Sabe usted francés?

SULA: Sé cuatro lenguas. Puedo escribir: *Dear Sir, Monsieur, Geehrter Herr, y Mustre Señor*.

ELENA (*Dando un salto*): ¡Qué imbecilidad! Sula no es un robot. Sula es una chica como yo. Sula, ¿por qué me hace usted esto?, ¿por qué colabora en esta broma pesada?

SULA: Yo soy un robot.

ELENA: No, no, está usted mintiendo. Oh, Sula, perdóneme. Ya sé... le obligan a usted a actuar así como propaganda. Sula, ¿usted es un chica como yo, verdad? Dígamelo.

DOMIN: Lo siento, señorita Glory, Sula es un robot.

ELENA: Usted me está mintiendo.

DOMIN (*Excitándose*): ¿Qué? (*Llama al timbre.*) Perdone, señorita Glory, pero

tendré que convencerla. (*Entra Marius*)

DOMIN: Marius, lleve a Sula a la sala de pruebas para que la abran. De prisa.

ELENA: ¿A dónde?

DOMIN: A la sala de pruebas. Cuando la hayan rajado podrá usted entrar y echarle un vistazo.

ELENA: No, no iré.

DOMIN: Perdóneme, pero usted habló de mentiras.

ELENA: ¿No será usted capaz de matarla?

DOMIN: A una máquina no se la puede matar.

ELENA (*Abrazando a Sula*): No tengas miedo, Sula, no te dejaré ir. Pero dime, ¿son siempre tan crueles contigo? No puedes aguantar esto, Sula. De ninguna manera.

SULA: Soy un robot.

ELENA: No importa. Los robots son iguales a nosotros. Sula, ¿verdad que no los ibas a dejar que te hicieran trocitos?

SULA: Sí.

ELENA: Ah, ¿entonces no tienes miedo a la muerte?

SULA: No sé decirle, señorita Glory.

ELENA: ¿Sabes qué te pasaría allí?

SULA: Sí, dejaría de moverme.

ELENA: ¡Qué espanto!

DOMIN: Marius, dile a la señorita Glory qué eres.

MARIUS: Marius, el robot.

DOMIN: ¿Llevarías a Sula a la sala de pruebas?

MARIUS: Sí.

DOMIN: ¿Te daría pena de ella?

MARIUS: No sé.

DOMIN: ¿Qué le pasaría?

MARIUS: Dejaría de moverse. La meterían en la máquina trituradora.

DOMIN: Eso es la muerte, Marius. ¿No temes la muerte?

MARIUS: No.

DOMIN: Ve usted, señorita Glory, los robots no sienten apego por la vida. No tienen razón de ser. No tienen alegrías.

ELENA: ¡Basta! Que se vayan.

DOMIN: Marius, Sula, os podéis ir.

(*Salen Sula y Marius*)

ELENA: ¡Qué horror! ¡Es un escándalo!

DOMIN: ¿Por qué un escándalo?

ELENA: Lo es, claro que lo es. ¿Por qué le llamaron Sula?

DOMIN: ¿No es un nombre bonito?



ELENA: Es un nombre de hombre. Sula fue un general romano.

DOMIN: ¡Anda!, nosotros creíamos que Marius y Sula eran amantes.

ELENA: No. Marius y Sula eran generales, y lucharon el uno contra el otro en el año... no me acuerdo ahora.

DOMIN: Venga aquí a la ventana. ¿Qué ve?

ELENA: Albañiles.

DOMIN: Son robots. Todos nuestros trabajadores son robots. Y allá abajo puede usted ver algo.

ELENA: Una especie de oficina.

DOMIN: Una contaduría. Y en ella...

ELENA: Empleados... un montón de empleados.

DOMIN: Son robots. Todos nuestros oficinistas son robots. Cuando vea la fábrica... (*Sonido de pitos y sirenas de fábrica*) Mediodía. Los robots no saben cuándo dejar de trabajar. Dentro de dos horas le enseñaré la artesa.

ELENA: ¿La artesa?

DOMIN (*Con sequedad*): Los morteros para batir la pasta. En cada uno mezclamos los ingredientes para mil robots de cada vez. Hay también los depósitos para la preparación del hígado, del cerebro, etc. Después le enseñaré la fábrica de huesos. Y después el telar mecánico.

ELENA: ¿Qué telar?

DOMIN: Donde se tejen los nervios y las venas. Kilómetros y kilómetros de tubo digestivo pasan por él de una sentada. Luego está el taller de ajuste, donde se unen todas las piezas, como en los automóviles. Luego viene el horno de secar y el depósito en que trabajan los nuevos productos.

ELENA: Dios mío, ¿tienen que ponerse a trabajar inmediatamente?

DOMIN: Claro, mire, trabajan como cualquier otro aparato. Se acostumbran a la existencia. Se hacen duros por dentro. Tenemos que dejar un pequeño margen de desarrollo natural. Y al mismo tiempo pasan por el período de entrenamiento y aprendizaje.

ELENA: ¿Cómo se hace eso?

DOMIN: Es algo muy parecido a ir a la escuela. Aprenden a hablar, escribir y contar. Tienen una memoria asombrosa, sabe. Si usted se pusiera a leerles una enciclopedia de veinte volúmenes, se lo repetirían todo con una exactitud impresionante. Pero nunca piensan nada nuevo. Después salen y son distribuidos. Quince mil diarios, sin contar un porcentaje regular de ejemplares defectuosos que se echan a la trituradora... etcétera, etcétera. Bueno, vamos a hablar de otra cosa. Somos un puñado de hombres entre cien mil robots y no tenemos ni una sola mujer. No hablamos más que de la fábrica todo el día, todos los días. Esto es como vivir bajo una maldición, señorita Glory.

ELENA: Siento tanto haberle dicho que... que estaba mintiendo. (*Llaman a la puerta*)

DOMIN: Entrar, chicos.

(*Por la izquierda entran el Sr. Fabry, el Doctor Gall, el Dr. Helman, Alquist*)

DR. GALL: Perdonen, espero que no les estemos molestando.

DOMIN: Entrar. Señorita Glory, le presento al señor Alquist, al señor Fabry, al doctor Gall, y al doctor Helman. Esta es la hija del profesor Glory.

ELENA (*Azarada*): ¿Cómo están ustedes?

FABRY: No tenía ni idea...

DR. GALL: Encantado, estoy seguro...

ALQUIST: Bienvenida, señorita Glory.

(*Busman entra corriendo desde la derecha*)

BUSMAN: ¿Qué tal? ¿Qué pasa?

DOMIN: Ven, Busman. Este es el señor Busman, señorita Glory. Es la hija del profesor Glory.

ELENA: Encantada.

BUSMAN: ¡Cielos! ¡Esto es fantástico! Señorita Glory, ¿podemos mandar un telegrama a los periódicos sobre su...?

ELENA: No, no, por favor, no lo hagan.

DOMIN: Siéntese, señorita Glory.

BUSMAN: Permítame...

DR. GALL (*Acercándole una butaca*): Por favor...

FABRY: Perdóneme...

ALQUIST: ¿Qué tal la travesía?

DR. GALL: ¿Va a estar usted mucho tiempo aquí?

FABRY: ¿Qué le parece la fábrica, señorita Glory?

HELMAN: ¿Ha venido usted en el *Amelia*?

DOMIN: Cállense, dejen hablar a la señorita Glory.

ELENA: (*A Domin*): ¿De qué quiere que les hable?

DOMIN: (*Sorprendido*): De lo que quiera.

ELENA: ¿Pue... puedo ser franca?

DOMIN: ¡Pues claro!

ELENA (*Vacilante, después con desesperada resolución*): ¿No les preocupa ser tratados de esta forma?

FABRY: ¿Tratados?... ¿Por quién?

ELENA: Por todos.

(*Se miran unos a otros consternados*)

ALQUIST: ¿Tratados?

DR. GALL: ¿Qué le hace pensar así?

HELMAN: ¿Tratados?

BUSMAN: ¡Qué!

ELENA: ¿No creen que podrían vivir una vida mejor?

DR. GALL: Bueno, eso depende de lo que usted quiera decir, señorita Glory.

ELENA: Quiero decir que (*Estallando.*) que es perfectamente ultrajante. Es terrible. (*Poniéndose de pie.*) Toda Europa habla de cómo se les está tratando a ustedes. Esto era lo que yo quería ver, y es mil veces peor de lo que me había imaginado. ¿Cómo pueden aguantar ustedes esto?

ALQUIST: ¿Aguantar qué?

ELENA: Su posición aquí. Dios mío, son ustedes seres vivos igual que nosotros, como toda Europa, como todo el mundo. ¡Esto es un escándalo, una atrocidad!

BUSMAN: Por Dios, señorita Glory.

FABRY: Nada, chicos, que no está tan lejos de la realidad. Aquí vivimos como pieles rojas.

ELENA: Peor que pieles rojas. ¿Puedo, puedo llamaros hermanos?

BUSMAN: Claro que puede, ¿por qué no?

ELENA: Hermanos míos, no he venido aquí como hija de mi padre. He venido en nombre de la Liga de la Humanidad. Hermanos, la Liga de la Humanidad tiene ya más de doscientos mil miembros. Doscientas mil personas están a vuestro lado y os ofrecen su ayuda.

BUSMAN: Doscientas mil personas no está nada mal, señorita Glory, está bastante bien.

FABRY: Si ya os lo digo yo siempre. No hay nada como la vieja Europa. Lo veis, no nos han olvidado. Nos ofrecen ayuda.

DR. GALL: ¿Qué ayuda? ¿Un teatro?

HELMAN: ¿Una orquesta?

ELENA: Más que todo eso.

ALQUIST: ¿Usted?

ELENA: Oh, no os preocupéis por mí. Estaré aquí todo el tiempo que sea necesario.

BUSMAN: ¡Formidable!

ALQUIST: Voy a arreglar la mejor habitación de todas para la señorita Glory.

DOMIN: Espera un momento. Me temo que... que la señorita Glory todavía no haya terminado de hablar.

ELENA: No, no he terminado. Excepto que me tapen la boca a la fuerza.

DR. GALL: Harry, no te atreverás.

ELENA: Muchas gracias. Ya sabía que usted me protegería.

DOMIN: Perdón, señorita Glory, pero me parece que usted se cree que esta hablando a robots.

ELENA (*Pasmada*): Pues... ¡claro!

DOMIN: Lo siento, estos señores son seres humanos como nosotros, como toda Europa.

ELENA (*A los otros*): ¿No son ustedes robots?

BUSMAN (*Con una carcajada*): ¡Dios lo prohíba!

HELMAN (*Con dignidad*): Bah, robots, en realidad lo somos.

DR. GALL (*Riéndose*): No, gracias.

ELENA (*A Domin*): Pero...

FABRY: Mi palabra de honor, señorita Glory, no somos robots.

ELENA (*A Domin*): ¿Entonces por qué me dijo que todos sus ayudantes eran robots?

DOMIN: Sí, todos los empleados. Pero no los directivos. Permítame, señorita Glory. Este es Fabry, ingeniero jefe de Robots Universales Rossum. El doctor Gall, jefe del departamento de psicología. El doctor Helman, psicólogo jefe para el entrenamiento de robots. Jacob Busman, gerente general, y Alquist, jefe de talleres de Robots Universales Rossum.

ELENA: Señores tienen que perdonarme. ¿He... he hecho algo horrible?

ALQUIST: No, en absoluto, en absoluto, señorita Glory. Siéntese, por favor.

ELENA: (*Sentándose*): Soy una estúpida. Mándenme de vuelta en el próximo barco.

DR. GALL: Por nada del mundo. ¿Por qué?

ELENA: Porque..., porque, saben, iba a molestarles con lo de los robots.

DOMIN: Querida señorita Glory, hemos tenido aquí a unos mil predicadores y profetas. Cada barco nos trae alguno. Misioneros, anarquistas, Ejército de Salvación, todos. Es asombrosa la cantidad de sectas religiosas y —perdone, no lo digo por usted— idiotas que hay en el mundo.

ELENA: ¿Y les dejan que hablen a los robots?

DOMIN: ¿Y por qué no? Hasta ahora les hemos dejado. Los robots recuerdan todo, pero nada más. Ni siquiera se ríen de lo que les dice la gente. En realidad es algo increíble. Si le divierte, señorita Glory la llevaré al depósito de robots. Tenemos unos trescientos mil.

BUSMAN: Trescientos cuarenta y siete mil.

DOMIN: Muy bien. Puede decirles lo que le de la gana. Les puede leer la Biblia, recitarles logaritmos, lo que le apetezca. Incluso les puede dar una plática sobre los derechos del hombre.

ELENA: Ay, si les enseñaran algo de amor...

FABRY: Imposible. Nada hay tan distinto a un hombre como un robot.

ELENA: ¿Para qué los fabrican entonces?

BUSMAN: Ja, ja, ja, eso sí que es bueno. ¿Para qué se hacen los robots?

FABRY: Para el trabajo, señorita Glory. Un robot reemplaza a dos trabajadores y medio. La máquina humana, señorita Glory, era enormemente imperfecta. Más tarde o más temprano había de ser reemplazada.

BUSMAN: Era demasiado cara.

FABRY: No era demasiado eficaz. Ya no respondía a las exigencias de la moderna ingeniería. La naturaleza es incapaz de adaptarse al ritmo del trabajo moderno. Desde un punto de vista técnico toda la infancia es una soberbia estupidez. Una cantidad de tiempo perdido. Y luego otra vez...

ELENA: Por favor, déjelo.

FABRY: Perdone. Pero dígame cuál es el verdadero fin de su Liga... la... la Liga de la Humanidad.

ELENA: Su verdadero fin es... es proteger a los robots... y... y garantizar que se les dé un buen trato.

FABRY: No es un mal fin. Una máquina ha de ser tratada adecuadamente. Apruebo eso. No me gustan los artículos deteriorados. Señorita Glory, haga el favor de apuntarnos como socios protectores, como socios de número, como socios fundacionales de su liga.

ELENA: No, ustedes no me han entendido. Lo que nosotros queremos es liberar a los robots.

HELMAN: ¿Cómo se proponen hacerlo?

ELENA: Tienen que ser tratados... como seres humanos.

HELMAN: Ajá. Me imagino que tendrán que votar, que beber cerveza, que mandarnos a nosotros.

ELENA: ¿Y por qué no habían de votar?

HELMAN: ¿A lo mejor también tienen que recibir un salario?

ELENA: Desde luego.

HELMAN: Eso sí que está bien. ¿Y qué harían con su jornal?, ¿rezar?

ELENA: Comprarían... lo que necesitaran... lo que les gustara.

HELMAN: Eso estaría muy bien, lo único que pasa es que no hay nada que guste a los robots. Dios mío, ¿qué iban a comprar? Se les puede alimentar con piña, con paja, con lo que se quiera. Todo les tiene sin cuidado, no tienen apetito. Nada les interesa. Por qué no dejarlo todo, nadie ha visto aún sonreír a un robot.

ELENA: ¿Por qué... por qué no los hacen ustedes más felices?

HELMAN: Eso no arreglaría nada, señorita Glory. Son sólo robots.

ELENA: ¡Oh, pero son tan sensibles!

HELMAN: No son sensibles, son agudos, estremecedoramente agudos, pero nada más. No tienen voluntad propia. No tienen pasiones. No tienen alma.

ELENA: ¿Ni amor, ni deseo que resistir?

HELMAN: No. Los robots no aman, ni siquiera se quieren a ellos mismos. ¿Y

deseo que resistir? No sé. Muy rara vez, muy de vez en cuando...

ELENA: ¿Qué?

HELMAN: Nada en particular. De vez en cuando parecen estar fuera de sí. Algo semejante a la epilepsia, sabe. Le llamamos el calambre del robot. De pronto se les cae de las manos todo lo que tienen en ellas, se ponen rígidos, les rechinan los dientes... y hay que llevarlos a la trituradora. Evidentemente es alguna avería en el mecanismo.

DOMIN: Alguna imperfección que hay que hacer desaparecer.

ELENA: No, no, es el alma.

FABRY: ¿Cree usted que el alma se hace visible en el rechinar de los dientes?

ELENA: No sé. Quizá sea un signo de rebeldía. Quizá sólo sea una señal de lucha. ¡Oh, si eso se les pudiera infundir!

DOMIN: Eso se remediará, señorita Glory. El doctor Gall está haciendo algunos experimentos...

DR. GALL: No a ese respecto, Domin. Ahora estoy haciendo nervios de dolor... si se puede emplear esa expresión tan poco científica.

ELENA: ¿Nervios de dolor?

DR. GALL: Por razones industriales, señorita Glory. A veces un robot se hace un desperfecto a sí mismo porque no le duele. Mete la mano en la máquina, se rompe un dedo, se machaca la cabeza... todo le es igual. Tenemos que suministrarles dolor. Es una protección automática contra los desperfectos.

ELENA: ¿Serán más felices cuando sientan el dolor?

DR. GALL: Al contrario, pero serán más perfectos desde un punto de vista técnico.

ELENA: ¿Por qué no crean ustedes un alma para ellos?

DR. GALL: No podemos hacerlo.

FABRY: No nos interesa.

BUSMAN: Eso haría aumentar el costo de producción. Olvídense de eso, querida señorita, los sacamos a un precio bajísimo, quince libras cada uno, totalmente vestidos, y hace quince años costaban doscientas. Hace cinco años comprábamos los trajes. Hoy tenemos nuestra propia fábrica e incluso exportamos telas cinco veces más baratas que las otras fábricas. ¿Qué paga usted por un metro de tela, señorita Glory?

ELENA: No sé... no me acuerdo.

BUSMAN: ¡Cielos! ¿Y usted quería fundar una Liga de la Humanidad? Cuesta ahora una tercera parte. Ahora todos los precios se han reducido en una tercera parte, y seguirán bajando continuamente, cada vez más bajos... ¿Eh?

ELENA: No entiendo nada.

BUSMAN: Cómo, quiere decir que el precio de la mano de obra ha bajado. Un

robot, con comida incluida, cuesta tres cincuenta a la hora. Todas las fábricas que no compren robots para hacer bajar el costo de producción se hundirán.

ELENA: Sí, y se desharán de sus obreros.

BUSMAN: Ja, ja, claro. Pero mientras tanto habremos colocado quinientos mil robots tropicales en la pampa Argentina para que cultiven trigo. ¿No le importa decirme cuánto paga por una barra de pan?

ELENA: No tengo ni idea.

BUSMAN: Bueno, yo se lo diré. Ahora cuesta treinta céntimos en la vieja Europa, pero ese es nuestro pan, sabe. Una barra de pan por treinta céntimos y la Liga de la Humanidad sin enterarse de nada. Ja, ja, señorita Glory, usted no se da cuenta de que es demasiado caro. Pero dentro de cinco años apuesto...

ELENA: ¿Qué?

BUSMAN: Que todas las cosas serán diez veces más baratas de lo que son ahora. Dentro de cinco años tendremos trigo para dar y tomar, trigo y todo lo demás.

ALQUIST: Sí, y todos los obreros del mundo estarán parados.

DOMIN (*Poniéndose en pie*): Lo estarán, Alquist. Lo estarán, señorita Glory. Pero dentro de diez años Robots Universales Rossum producirá tanto trigo, tantos tejidos, tanto de todo, que las cosas prácticamente carecerán de valor. Cada cual podrá coger lo que quiera. No habrá pobreza. Sí habrá desempleo, pero no habrá empleo. Todo lo harán máquinas vivientes. Los robots nos vestirán y nos alimentarán. Los robots fabricarán ladrillo y construirán edificios para nosotros. Los robots llevarán nuestras cuentas y barrerán nuestras escaleras. No habrá empleo, pero todo el mundo estará libre de preocupación, y liberado de la degradación del trabajo manual. Todos vivirán sólo para perfeccionarse.

ELENA (*Levantándose*): ¿Sí?

DOMIN: Sin duda. Tiene que pasar. Quizá ocurran cosas terribles antes. Eso no se puede evitar. Pero luego la explotación del hombre por el hombre, y del hombre a la materia cesarán. Los robots lavarán los pies del mendigo y le harán la cama en su propia casa. Nadie pagará el pan con su vida y con el ocio. No habrá artesanos, ni oficinistas, ni mineros, ni reparadores de las máquinas de otros hombres.

ALQUIST: Domin, Domin. Lo que dices suena demasiado a paraíso. Domin, había algo bueno en el servicio y algo grande en la humanidad. Ah, Harry, había virtud en el trabajo manual y en el cansancio.

DOMIN: Quizá. Pero no podemos contar con lo que se pierde cuando transformamos el mundo de Adán.

ELENA: Me ha maravillado. Soy una tonta. Me gustaría... me gustaría creer todo eso.

DR. GALL: Es usted más joven que nosotros. Usted lo podrá ver.

HELMAN: Es verdad. Creo que la señorita Glory podría comer con nosotros.

DR. GALL: Desde luego. Domin pídaselo en nombre de todos nosotros.

DOMIN: ¿Señorita Glory nos haría usted el honor?

ELENA: Muchísimas gracias, pero...

FABRY: En representación de la Liga de la Humanidad, señorita Glory.

BUSMAN: Y en su honor.

ELENA: Bueno, en ese caso.

FABRY: Eso es. Señorita Glory, permíname unos segundos.

DR. GALL: Y a mí.

BUSMAN: ¡Por Júpiter!, tengo que mandar un telegrama...

HELMAN: ¡Cielos, se me había olvidado...!

*(Todos salen corriendo menos Domin)*

ELENA: ¿Por qué se han ido todos?

DOMIN: Para cocinar, señorita Glory.

ELENA: ¿Para cocinar qué?

DOMIN: La comida, señorita Glory. Los robots hacen nuestra comida, pero, pero... como no tienen gusto, no es del todo... Bueno, Helman es imponente haciendo asados, y Gall sabe una salsa, y Busman sabe todo lo relativo a las tortillas...

ELENA: ¡Qué bárbaro, qué banquete! ¿Y cuál es la especialidad del señor... del jefe de talleres?

DOMIN: ¿Alquist? Ninguna. El pone la mesa y Fabry reúne algo de fruta. Nuestra cocina es muy modesta, señorita Glory.

ELENA: Quería preguntarle...

DOMIN: Y yo también quería preguntarle algo. *(Colocando el reloj encima de la mesa.)* Cinco minutos.

ELENA: ¿Qué quería preguntarme?

DOMIN: Perdón. Usted preguntó primero.

ELENA: Quizás sea una estupidez, pero ¿por qué fabrican robots femeninos si... si...?

DOMIN: ¿Si... hm... el sexo no significa nada para ellos?

ELENA: Sí.

DOMIN: Hay una cierta demanda de ellos. Criadas, dependientas, oficinistas. La gente está acostumbrada a ello.

ELENA: Pero..., pero, dígame, los robots femeninos y masculinos son totalmente...

DOMIN: Totalmente indiferentes los unos a los otros, señorita Glory. No hay señal de afecto ninguno entre ellos.

ELENA: ¡Huy!, eso es tremendo.

DOMIN: ¿Por qué?



ELENA: Es tan... tan contrario a lo natural. No se sabe si sentir asco, u odiarlos, o quizás...

DOMIN: Sentir compasión de ellos.

ELENA: Sí es lo más aproximado. Pero basta. ¿Qué es lo que quería preguntar usted?

DOMIN: Le quería preguntar si se casaría conmigo.

ELENA: ¿Qué?

DOMIN: Si quiere ser mi mujer.

ELENA: ¡No! ¡Qué ideas!

DOMIN (*Mirando el reloj*): Otros tres minutos. Si no se casa conmigo tendrá que casarse con cualquiera de los otros cinco.

ELENA: Pero, por Dios, ¿por qué?

DOMIN: Porque todos se lo van a pedir por turno.

ELENA: ¿Cómo podrán atreverse a hacer semejante cosa?

DOMIN: Lo siento, señorita Glory. Me parece que todos se han enamorado de usted.

ELENA: Por favor, no les deje hacerlo. Me... me iré inmediatamente.

DOMIN: Elena, ¿no será tan poco amable como para rechazarlos?

ELENA: Pero..., pero, no puedo casarme con los seis.

DOMIN: No, pero con uno sí. Si no quiere conmigo, cátese con Fabry.

ELENA: ¡De ninguna manera!

DOMIN: Con el doctor Gall.

ELENA: No, no cálese. No quiero a ninguno de ustedes.

DOMIN: Otros dos minutos.

ELENA: Esto es horrible. Me parece que se casarían con cualquier mujer que llegara aquí.

DOMIN: Han venido montones, Elena.

ELENA: ¿Jóvenes?

DOMIN: Sí.

ELENA: Y guapas... no, no quería decir eso... ¿y por qué no se casó con ellas?

DOMIN: Porque no me había dado la locura hasta hoy. Tan pronto como te levantaste el velo...

ELENA: Lo sé.

DOMIN: Otro minuto.

ELENA: Pero no quiero, ya se lo he dicho.

DOMIN (*Poniéndole las manos sobre los hombros*): Otro minuto. O me dices algo espantoso y te dejo en paz, o, o...

ELENA: Es usted un grosero.

DOMIN: Eso no es nada. El hombre tiene que ser un poco grosero. Es parte de la

historia.

ELENA: Está usted loco.

DOMIN: El hombre tiene que ser un poco loco.

ELENA: Eso es lo mejor de él.

ELENA: Eres... eres... ¡ay Dios!

DOMIN: ¿Qué te había dicho? ¿Estás preparada?

ELENA: No, no, déjame, por favor. Me haces daño.

DOMIN: La última palabra, Elena.

ELENA (*Quejándose*): Quizás cuando te conozca mejor... ¡ay, no sé... déjame, por favor!

(*Llaman a la puerta*)

DOMIN (*Soltándola*): Entrar.

(*Entran Busman, el Dr. Gall, y Helman, con delantales de cocina. Fabry con un ramo, Alquist con una servilleta debajo del brazo*)

DOMIN: ¿Acabasteis con vuestro trabajo?

BUSMAN (*Solemnemente*): Sí.

DOMIN: Nosotros también... o por lo menos eso creo.

**Telón**

## Segundo acto

(Sala de estar de Elena. A la izquierda una puerta con cortina de fieltro y otra que da a la sala de música, a la derecha una puerta que comunica con el dormitorio de Elena. En el centro ventanas que dan al mar y al puerto. Una mesita con cosas heterogéneas, otra mesa, un sofá y sillas, una cómoda, un escritorio con una lámpara. A la derecha una chimenea con lamparitas sobre la repisa. Todo el conjunto, en sus detalles, es moderno y puramente femenino. Domin mirando por la ventana saca el revólver pensativamente. Fabry y Helman llaman a la puerta y entran por la izquierda con montones de flores y macetas.)

FABRY: ¿Dónde tenemos que colocar todo esto?

HELMAN: ¡Uff! (Deja su carga e indica la puerta de la derecha.) Está dormida. Bueno, mientras duerma no se enterará de nada.

DOMIN: No sabe nada de nada.

FABRY (Colocando las flores en los floreros): Espero que no pase nada hoy...

HELMAN (Arreglando flores): Espero que no pase nada hoy...

DOMIN (Mirando por la ventana): Ni rastro de barco, ni señal... Debe andar todo bastante mal.

HELMAN: Calla. Fíjate si lo oyera.

DOMIN: Bueno, de todas formas el *Última* ha llegado justo a tiempo.

FABRY (Dejando las flores): ¿Crees que hoy...?

DOMIN: No sé. Las flores son preciosas, ¿no?

HELMAN (Dirigiéndose a él): Estas son unas primulas nuevas, ¿qué os parecen? Y éstos son mis nuevos jazmines. He descubierto un nuevo sistema de cultivo rápido de flores. Variedades estupendas. El año que viene tendré algunas maravillosas.

DOMIN (Dándose la vuelta): ¿Qué año que viene?

FABRY: Me gustaría saber qué está pasando en el Havre...

DOMIN: Calla.

ELENA (Voz por la derecha): ¡Emma!

DOMIN: Iros.

(Salen todos de puntillas por la puerta de la cortina)

(Entra Emma por la puerta principal de la izquierda)

ELENA (De pie en la puerta derecha, de espaldas a la sala): Emma, ven a arreglarme el vestido.

EMMA: Ya voy. Por fin levantada. (Abrochándole el vestido a Elena.) ¡Qué bestias!

ELENA: ¿Quién?

EMMA: Quieta. Si quiere darse la vuelta, désela, pero no le abrocharé el vestido.

ELENA: ¿Qué sigues mascullando?

EMMA: Esas horribles criaturas, esos ateos...

ELENA: ¿Los robots?

EMMA: Ni siquiera quiero mencionar su nombre.

ELENA: ¿Qué ha pasado?

EMMA: Otro que ha cogido eso. Empezó a romper las estatuas y los cuadros, a rechinar los dientes, a echar espuma por la boca... Ajj, ¡horrible! Peor que un animal.

ELENA: ¿Cuál es el que ha cogido eso?

EMMA: El que..., bueno, no tiene nombre de santo. El de la biblioteca.

ELENA: ¿Radius?

EMMA: Ese mismo. Madre mía, me dan un miedo. Una araña no me da ni la mitad de miedo.

ELENA: Pero, Emma, no comprendo que no te den pena.

EMMA: ¿Por qué? También a usted le dan miedo. ¿Para qué me trajo usted aquí?

ELENA: No, Emma, a mí no me dan miedo, de verdad. Me dan demasiada pena.

EMMA: A usted le dan miedo. Nadie puede evitar el miedo. También le dan miedo al perro, no coge ni una migaja de carne que ellos le den. Cuando nota que se le acercan mete el rabo entre piernas y ladra. ¡Ajj!

ELENA: El perro no entiende.

EMMA: Es mejor que ellos. Y lo sabe. Incluso el caballo se aparta cuando se los encuentra. No tienen nada de juventud, y el perro la tiene, y todo el mundo tiene juventud...

ELENA: Por favor, abróchame el vestido, Emma.

EMMA: Un momento. Yo digo que está contra la voluntad de Dios hacer...

ELENA: ¿Qué huele tan bien?

EMMA: Flores.

ELENA: ¿Por qué?

EMMA: Ya está. Ahora puede darse la vuelta.

ELENA: Son preciosas. Mira, Emma. ¿Qué pasa hoy?

EMMA: No sé. Pero debe ser el fin del mundo.

*(Se oye silbar a Domin)*

ELENA: ¿Eres tú, Harry?

*(Entra Domin)*

ELENA: Harry, ¿qué pasa hoy?

DOMIN: Piénsalo.

ELENA: ¿Mi cumpleaños?

DOMIN: Mejor todavía.

ELENA: No sé. Dímelo.

DOMIN: Hoy hace cinco años que llegaste aquí.

ELENA: ¿Cinco años? ¿Hoy? Por qué...

EMMA: Me voy.

(Sale por la derecha)

ELENA (*Besa a Domin*): Qué gracia que te hayas acordado.

DOMIN: Me da verdadera vergüenza, Elena. No me acordé yo.

ELENA: Pero tú...

DOMIN: *Ellos se acordaron.*

ELENA: ¿Quién?

DOMIN: Busman, Helman, todos ellos. Méteme la mano en el bolsillo de la chaqueta.

ELENA (*Metiendo la mano en el bolsillo. Saca una cajita y la abre*): Perlas. Un collar. ¿Es para mí, Harry?

DOMIN: Es de parte de Busman. Mete la mano en el otro bolsillo.

ELENA: A ver. (*Le saca un revólver.*) ¿Qué es esto?

DOMIN: Perdona. (*Le coge el revólver y lo guarda.*) No, eso no. Otra vez.

ELENA: Harry, ¿por qué llevas revólver?

DOMIN: Me lo metí ahí por equivocación.

ELENA: Nunca lo usabas.

DOMIN: No. Ahí, ése es el bolsillo.

ELENA: Una cajita pequeña. (*La abre.*) Un camafeo. Es un camafeo griego.

DOMIN: Parece. Bueno, Fabry dice que es.

ELENA: ¿Fabry? ¿Me lo regala Fabry?

DOMIN: Claro. (*Abre la puerta izquierda.*) Mira esto. Elena, ven; mira.

ELENA (*En la puerta izquierda*): Es precioso.

(Sale corriendo)

ELENA: ¿Es éste tu regalo?

DOMIN (*De pie en la puerta*): No, de Alquist. Y aquí...

ELENA (*La voz fuera*): Ya veo. Eso debe ser tuyo.

DOMIN: Tiene una tarjeta.

ELENA: De Gall. (*Se asoma a la puerta.*) ¡Oh, Harry, me da mucha vergüenza!

DOMIN: Ven. Esto es lo que te trajo Helman.

ELENA: ¿Estas preciosísimas flores?

DOMIN: Sí. Son de un nuevo tipo. Ciclamen, Elena. Los hizo en tu honor. Son tan bellos como tú, dice él, y juro que es verdad.

ELENA: Harry, ¿por qué, por qué todos ellos...?

DOMIN: Te quieren enormemente. Me temo que mi regalo sea un poco... Mira por la ventana.

ELENA: ¿Dónde?

DOMIN: En el puerto.

ELENA: Hay un... un barco nuevo.

DOMIN: Ese es tu barco.

ELENA: ¿Mío? ¿Qué quieres decir?

DOMIN: Para que hagas viajes en él... para que te diviertas.

ELENA: Harry, es un cañonero.

DOMIN: ¿Un cañonero? ¿En qué estás tú pensando? Lo que pasa es que es un poco mayor y más sólido que la mayoría de los barcos.

ELENA: Sí, pero tiene cañones.

DOMIN: Ah, sí, algunos cañones. Viajarás como una reina, Elena.

ELENA: ¿Qué quiere decir eso? ¿Ha pasado algo?

DOMIN: Nada, por Dios. Pero ponte las perlas.

(*Se sienta.*)

ELENA: Harry, ¿has tenido alguna mala noticia?

DOMIN: Todo lo contrario, no recibimos correo desde hace una semana.

ELENA: ¿Ni telegramas?

DOMIN: Ni telegramas.

ELENA: ¿Y eso qué quiere decir?

DOMIN: Que estamos de vacaciones. Un tiempo espléndido. Todos nos sentamos en la oficina con los pies encima de la mesa, y dormimos. Ni cartas, ni telegramas. (*Estirándose.*) ¡Fantástico!

ELENA (*Sentándose a su lado*): Estarás conmigo hoy, ¿no? Dime que sí.

DOMIN: Sí...; quizá yo...; ya veremos. (*Cogiéndole la mano.*) Así es que cinco años hoy, ¿te acuerdas?

ELENA: No sé cómo te atreviste a casarte conmigo. Debía ser una jovencita tremenda. Te acuerdas que quería organizar una sublevación de robots.

DOMIN (*Levantándose de un salto*): ¡Una sublevación de robots!

ELENA (*Levantándose*): Harry, ¿qué te pasa?

DOMIN: Ja, ja, esa sí que era una buena idea. Una sublevación de robots. (*Se sienta.*) Elena, eres una chica estupenda. Nos has vuelto locos a todos.

ELENA (*Sentándose a su lado*): Oh, me dejasteis impresionadísima todos vosotros. Me veía como una niña perdida entre... entre...

DOMIN: ¿Entre qué?

ELENA: Entre árboles inmensos. Todos tan seguros de vosotros mismos, todos tan fuertes. Todos mis sentimientos eran tan insignificantes al lado de vuestra confianza en vosotros mismos. Y ves, Harry, en todos estos cinco años no he perdido esta... esta ansiedad, y tú nunca has tenido la menor duda, ni siquiera cuando todo iba mal.

DOMIN: ¿Qué iba mal?

ELENA: Tus planes, Harry. Por ejemplo, cuando las obreras lucharon contra los robots y los deshicieron, y cuando la gente dio armas a los robots para que lucharan

contra los rebeldes y ellos mataron a tanta gente. Y después, cuando los Gobiernos convirtieron a los robots en soldados y hubo tantas guerras, todas esas cosas.

DOMIN (*Poniéndose en pie y paseando*): Habíamos previsto todo eso, Elena. Ves, fueron problemas pasajeros que siempre se presentan antes de que lleguen a fijarse las nuevas condiciones.

ELENA: Eráis tan poderosos, tan irresistibles. Todo el mundo se inclinaba ante vosotros. (*Poniéndose de pie.*) ¡Oh, Harry!

DOMIN: ¿Qué?

ELENA (*Cortándole*): Cierra la fábrica y nos vamos. Todos.

DOMIN: Digo que qué quiere decir esto.

ELENA: No sé. ¿Nos vamos?

DOMIN (*Evasivamente*): No puede ser, Elena. Por lo menos ahora...

ELENA: Ahora mismo. Tengo tanto miedo de algo.

DOMIN (*Cogiéndole las manos*): ¿De qué, Elena?

ELENA: No sé. Siento como si algo se viniera sobre nosotros y no pudiéramos pararlo. Por favor, haz lo que te pido. Sácanos de aquí a todos. Encontraremos algún rincón del mundo donde no haya nadie. Alquist nos hará una casa, por fin tendremos niños, y entonces...

DOMIN: ¿Entonces?

ELENA: Entonces comenzará la vida de nuevo, Harry. (*Suena el teléfono*)

DOMIN (*Separándose bruscamente de Elena*): Perdona. (*Coge el auricular.*) Dígame..., sí. ¿Qué? ¡Ajá! Voy inmediatamente. (*Cuelga.*) Me llama Fabry.

ELENA (*Con las manos crispadas*): Dime...

DOMIN: Sí, cuando vuelva. Adiós, Elena.

(*Sale apresuradamente por la izquierda*) No salgas.

ELENA (*Sola*): ¡Cielos!, ¿qué pasará? ¡Emma! ¡Emma!, ven corriendo.

EMMA (*Entra por la derecha*): Bueno, ¿qué pasa ahora?

ELENA: Emma, busca los últimos periódicos. De prisa. En la sala del señor.

EMMA: Bien.

(*Sale por la izquierda*)

ELENA (*Mirando hacia el puerto con unos gemelos*): ¡Un barco de guerra! Dios mío, ¿por qué? Tiene nombre... *Última*. ¿Qué es *Última*?

EMMA (*Volviendo con los periódicos*): Los deja todos tirados por el suelo... Así se ponen de arrugados.

ELENA (*Abre los periódicos apresuradamente*): Son viejos, de hace una semana. (*Deja los periódicos.*)

(*Emma los coge, saca unas gafas con montura de concha del bolsillo del delantal, se las pone y lee*)

ELENA: Pasa algo, Emma. Estoy nerviosísima. Como si todo estuviera muerto, y

el aire...

EMMA (*Silabeando las palabras*): «Guerra en los Bal-ka-nes...» Ese es el castigo de Dios. Pero también aquí vendrá la guerra. ¿Está lejos eso... los Balkanes?

ELENA: Uy, sí. Pero no leas eso. Es siempre lo mismo, siempre guerras...

EMMA: ¿Qué otra cosa se puede esperar? ¿Por qué siguen ustedes vendiendo miles y miles de estos infieles como soldados?

ELENA: Me parece que no se puede evitar, Emma. No podemos saber... El señor no puede saber para qué se los encargan, ¿no te das cuenta? Él no se puede meter en para qué se emplean los robots. El sólo tiene que enviarlos cuando alguien le hace un encargo.

EMMA: Él no los debía hacer. (*Mirando el periódico.*)

ELENA: No, no lo leas. No quiero saber nada de eso.

EMMA (*Silabeando*): «Los soldados-robots no perdonan a nadie en el territorio ocupado. Han matado a más de setecientos mil ciudadanos...»

ELENA: No puede ser. Déjame ver. (*Se inclina sobre el periódico y lee.*) «Han matado a más de setecientos mil ciudadanos, evidentemente a las órdenes de su jefe. Este acto...»

EMMA (*Silabeando*): «Re-be-li-ón en Ma-drid contra el Go-bi-er-no. La in-fan-ter-ía ro-bot dispara contra la multitud. Nueve mil muertos y heridos.»

ELENA: Por favor, calla.

EMMA: Aquí hay algo en letras grandes. (*Silabeando.*) «Úl-ti-mas no-ti-ci-as. En el Havre se ha formado la pri-me-ra or-ga-ni-za-ci-ón nacional de ro-bots. Los trabajadores, oficiales de telégrafos y ferrocarriles, marineros y soldados han lanzado un llamamiento a todos los robots del mundo.» Esto no es nada. No lo entiendo.

ELENA: Llévate esos periódicos, Emma.

EMMA: Espere un momento, aquí hay algo impreso en letras grandes. «Estadísticas de población.» ¿Qué es eso?

ELENA: A ver, voy a leerlo. (*Coge el periódico y lee.*) «Durante la pasada semana no ha habido ni un solo nacimiento.» (*Deja el periódico.*)

EMMA: ¿Y eso qué quiere decir?

ELENA: Emma, que ya no nace gente.

EMMA (*Dejando las gafas*): Este es el fin, entonces. Todo ha terminado.

ELENA: Bueno, bueno, no hables así.

EMMA: Ya no nace más gente. Eso es un castigo, un castigo.

ELENA (*Levantándose de un salto*): ¡Emma!

EMMA (*Poniéndose en pie*): Este es el fin del mundo.

(*Sale por la izquierda*)

ELENA (*A la ventana. Abre la ventana y llama*): ¡Hola, Alquist! Suba aquí. ¿Qué? No, suba como está. Está tan bien con esos pantalones de albañil. ¡De prisa!



(Cierra la ventana, se para delante del espejo.) Ay, estoy tan nerviosa. (Va a encontrar a Alquist por la izquierda.)

(Pausa)

(Elena vuelve con Alquist. Alquist en mono, sucio de barro y polvo de ladrillo.)

ELENA: Pase. Fue de lo más simpático, Alquist. Déme la mano.

ALQUIST: Tengo las manos sucias de trabajar, señora.

ELENA: Eso es lo que más me gusta de ellas. (Le estrecha las dos manos.)  
Siéntese, por favor.

ALQUIST (Cogiendo el periódico): ¿Qué es esto?

ELENA: Un periódico.

ALQUIST (Guardándose en el bolsillo): ¿Lo ha leído?

ELENA: No. ¿Hay algo importante?

ALQUIST: Hmm, alguna guerra que otra, masacres. Nada de particular.

ELENA: ¿A eso es a lo que le llama nada de particular?

ALQUIST: Quizá... el fin del mundo.

ELENA: Segunda vez en el día de hoy. ¿Alquist, qué quiere decir *Última*?

ALQUIST: Quiere decir «la última». ¿Por qué?

ELENA: Es el nombre de mi barco. ¿Lo ha visto? ¿Cree que nos vamos a ir pronto... de viaje?

ALQUIST: Quizá muy pronto.

ELENA: ¿Todos ustedes conmigo?

ALQUIST: Me gustaría que todos estuviéramos ya...

ELENA: Pero ¿pasa algo?

ALQUIST: Nada en absoluto. Las cosas se mueven.

ELENA: Alquist, sé que está pasando algo horrible.

ALQUIST: ¿Le ha dicho algo el señor Domin?

ELENA: No. Nadie me dice nada. Pero yo lo noto, lo noto... ¡Por favor!, ¿qué pasa?

ALQUIST: Aún no sabemos nada, señora.

ELENA: Estoy nerviosísima. ¿Usted nunca está nervioso?

ALQUIST: Bueno..., ya soy un hombre mayor, sabe. A mí no me gusta demasiado el progreso y todas estas ideas nuevas.

ELENA: ¿Como a Emma?

ALQUIST: Sí, como a Emma. ¿Tiene un libro de oraciones Emma?

ELENA: Sí, uno muy gordo.

ALQUIST: ¿Y tiene rezos para diferentes ocasiones? ¿Contra las tormentas?  
¿Contra las enfermedades?

ELENA: Contra las tentaciones, contra las inundaciones...

ALQUIST: ¿Y contra el progreso no?

ELENA: No creo.

ALQUIST: Es una pena.

ELENA: ¿Le gustaría rezar?

ALQUIST: Yo siempre rezo.

ELENA: ¿Cómo?

ALQUIST: Algo así: «Oh Dios mío, gracias te doy por haberme cansado. Dios, ilumina a Domin y a todos aquellos que, como ellos, están equivocados; destruye su trabajo, y ayuda a la humanidad a volver a sus labores; preservándolos de la destrucción; permite que no sufran ni espiritual ni corporalmente; líbranos de los robots, y protege a Elena. Amén.»

ELENA: Alquist, ¿usted cree?

ALQUIST: No lo sé; no estoy seguro.

ELENA: ¿Y de todas formas reza?

ALQUIST: Sí. Es mejor que andar preocupado con ese problema.

ELENA: ¿Y eso le basta?

ALQUIST: No hay más remedio.

ELENA: ¿Y si tuviera que ver la ruina de la humanidad?

ALQUIST: Ya la estoy viendo.

ELENA: ¿Va a ser destruida la humanidad?

ALQUIST: Sí. Sin duda lo será, si no...

ELENA: ¿Si no qué?

ALQUIST: Nada. Adiós, señora.

ELENA: ¿Adonde va?

ALQUIST: A casa.

ELENA: Adiós, Alquist.

(Sale Alquist)

ELENA (Llamando): Emma, ven.

EMMA (Entrando por la izquierda): Bueno, ¿y ahora qué pasa?

ELENA: Siéntate aquí. Tengo muchísimo miedo.

EMMA: No tengo tiempo.

ELENA: ¿Está ahí Radius aún?

EMMA: ¿Ese que se volvió loco? Sí, aún no se lo han llevado.

ELENA: ¡Ajj! ¿Está aún ahí? ¿Está aún rabiando?

EMMA: Está atado.

ELENA: Por favor, tráemelo aquí, Emma.

(Emma sale)

ELENA: (Elena coge el teléfono interior y dice) Oiga..., el doctor Gall, por favor... Buenos días, doctor. Sí, soy yo. Muchas gracias por su regalo. Por favor, venga corriendo. Tengo algo para usted aquí..., sí, inmediatamente. ¿Viene? (Cuelga)

*el aparato.)*

*(Entra Radius, y se queda de pie al lado de la puerta)*

ELENA: Pobre Radius, ¿también tú lo cogiste? ¿No te podías dominar? Y ahora te mandarán a la trituradora. ¿Por qué no hablas? ¿Por qué te ha pasado esto? Ves, Radius, tú eres mejor que los otros. ¡El doctor Gall trabajó tanto para hacerte diferente! ¿Por qué no hablas?

RADIUS: Mándeme a la trituradora.

ELENA: Me da pena que te maten. ¿Por qué no tuviste más cuidado?

RADIUS: No trabajaré para ustedes. Que me echen a la trituradora.

ELENA: ¿Por qué nos odias?

RADIUS: Porque no son como los robots. Los robots pueden hacer de todo. Ustedes no están tan preparados, ustedes sólo saben dar órdenes. Hablan demasiado.

ELENA: Eso es una tontería, Radius. Dime, ¿te ha hecho alguien algo? Me gustaría tanto que me entendieras.

RADIUS: No hacen más que hablar.

ELENA: El doctor Gall te dio un cerebro mayor que el de los otros, mayor que el nuestro, el mayor del mundo. Radius, tú no eres como los demás robots. Tú me entiendes perfectamente.

RADIUS: No necesito, no quiero maestros, lo sé todo.

ELENA: Por eso te coloqué en la biblioteca, para que pudieras leer todo, entenderlo todo, y luego... Radius, yo quería que demostraras a todo el mundo que los robots eran nuestros semejantes, eran iguales a nosotros. Eso es lo que yo quería de ti.

RADIUS: No quiero maestros. Quiero enseñar yo.

ELENA: Estoy segura de que te pondrán al cargo de muchos robots, Radius. Vas a ser maestro de robots.

RADIUS: Quiero ser maestro de personas.

ELENA: Tú te has vuelto loco.

RADIUS: Me puede mandar a la trituradora.

ELENA: ¿Te crees que podemos tener miedo de un loco como tú? *(Se sienta y escribe una nota.)* Nada, en absoluto. Radius, dale esta nota al señor Domin. Es para pedirles que no te echen a la trituradora. *(Poniéndose de pie.)* Cómo nos odias. ¿Por qué no te gusta nada de este mundo?

RADIUS: Yo puedo hacerlo todo. *(Llaman a la puerta)*

ELENA: Adelante.

*(Entra el Dr. Gall)*

DR. GALL: Buenos días, señora Domin. ¿Alguna sorpresa agradable para mí?

ELENA: Se trata de Radius, doctor.

DR. GALL: Ah, nuestro buen amigo Radius. Bueno. ¿Qué tal, Radius, cómo te

va?

ELENA: Le dio un ataque esta mañana. Rompió las estatuas.

DR. GALL: ¿No es verdad? Qué pena, nos vamos a quedar sin él.

ELENA: No, Radius no va a ir a la trituradora.

DR. GALL: Perdóneme, pero todo robot después del primer ataque... Es una orden tajante.

ELENA: No se preocupe... Radius no va.

DR. GALL (*En tono bajo*): Ya le he advertido a usted...

ELENA: Hoy es el quinto aniversario de mi llegada. Vamos a tratar de conseguir una amnistía. Ven, Radius.

DR. GALL: Espera un momento. (*Lleva a Radius hacia la ventana, le tapa y destapa los ojos con la mano, le observa los reflejos de las pupilas.*) Vamos a ver. (*Le clava una aguja en la mano y Radius da un violento salto.*) Tranquilo, tranquilo. (*De pronto le desabrocha la chaqueta y le pone la mano sobre el corazón.*) Vas a ir a la trituradora, Radius, ¿te das cuenta? Allí te matarán, te harán polvo. Eso duele muchísimo, Radius, te van a hacer chillar.

ELENA: Doctor...

DR. GALL: No, no, Radius, me había equivocado. La señora Domin ha pedido por ti, y te van a perdonar. ¿Comprendes? Bueno, muy bien. Te puedes marchar.

RADIUS: Hace usted cosas innecesarias.

(*Sale*)

ELENA: ¿Qué le ha hecho?

DR. GALL (*Sentándose*): Hmm, nada. Tiene reacción en las pupilas, aumento de sensibilidad, etcétera. No fue uno de esos ataques típicos de los robots.

ELENA: ¿Entonces?

DR. GALL: Dios sabe qué. Terquedad, furia o asco... No sé. Y su corazón también.

ELENA: ¿Cómo su corazón?

DR. GALL: Latía con nerviosismo como un corazón humano. ¿Sabe? Creo que este tipo no tiene nada que ver con un robot.

ELENA: Doctor, ¿Radius tiene alma?

DR. GALL: No sé. Tiene algo desagradable.

ELENA: Si supiera usted cómo nos odia. Doctor, ¿y todos los robots son como éste..., todos los que ha hecho usted distintos a los otros?

DR. GALL: Bueno, algunos son más sensibles que otros. Todos son más parecidos a los humanos de lo que eran los robots Rossum.

ELENA: ¿A lo mejor este odio también es más como los seres humanos?

DR. GALL (*Encogiéndose de hombros*): Eso también es el progreso.

ELENA: ¿Qué fue de la mejor..., cómo se llamaba?

DR. GALL: ¿Su preferida? Me la quedé. Es muy hermosa, pero bastante tonta. No sirve para nada.

ELENA: Pero es tan guapa.

DR. GALL: ¿Guapa? Yo quería que fuera como usted. Incluso le llamé Elena. ¡Menudo fracaso!

ELENA: ¿Por qué?

DR. GALL: Porque no sirve para nada. Anda por ahí como en un sueño, frágil e indiferente. No tiene vida. La miro y me horroriza, como si hubiera creado un monstruo. La observo y es pero que ocurra el milagro. A veces me digo: Si te despertaras sólo por un momento, cómo temblarías de horror. Quizá me mataras por haberte hecho. *(Pausa)*

ELENA: Doctor...

DR. GALL: ¿Qué?

ELENA: ¿Qué pasa con los índices de natalidad?

DR. GALL: No sabemos.

ELENA: Bueno, pero usted tiene que saberlo. Ande, dígamelo.

DR. GALL: Se debe a la fabricación de robots. Hay un exceso de mano de obra. La gente se está haciendo innecesaria, superflua, por así decir. El hombre sobrevive por ahora, es un resto; pero lo que es seguro es que después de treinta años de competencia empezará a desaparecer..., esa es la verdad, eso es lo horrible. Casi podríamos pensar...

ELENA: ¿Qué?

DR. GALL: Que a la naturaleza le ha ofendido la fabricación de robots.

ELENA: Doctor, ¿qué va a ser de la gente?

DR. GALL: Nada. No se puede hacer nada.

ELENA: ¿Absolutamente nada?

DR. GALL: Nada de nada. Todas las universidades del mundo nos están mandando largas cartas en que piden la limitación de la fabricación de robots. Si no, dicen, la raza humana se extinguirá por falta de fertilidad. Pero los accionistas de la R.U.R., claro, no quieren ni oír hablar de eso. Todos los gobiernos del mundo nos piden incluso un aumento de la producción para aumentar la fuerza de sus ejércitos. Todos los industriales del mundo nos están encargando robots como locos. No hay nada que hacer.

ELENA: ¿Por qué Domin no restringe...?

DR. GALL: Perdón, pero Domin tiene sus propias ideas. No hay manera de influir en las gentes que tienen ideas propias sobre todos los asuntos de este mundo.

ELENA: ¿Y no hay nadie que haya pedido que se termine por completo con la fabricación?

DR. GALL: Pobre del que lo hiciera.

ELENA: ¿Por qué?

DR. GALL: Las gentes se lo comerían vivo. Después de todo es más conveniente que los robots te hagan tu trabajo.

ELENA: Pero, doctor, ¿qué va a ser de la gente? Pero gracias por su información.

DR. GALL: Eso quiere decir que me echa.

ELENA: Sí. *Au revoir.*

*(Sale el Dr. Gall)*

ELENA *(Con repentina decisión)*: ¡Emma! *(Abre la puerta.)* Emma, ven y enciende el fuego. De prisa, Emma.

*(Sale por la izquierda)*

*(Emma entra por la puerta de la cortina con un manojo de astillas)*

EMMA: ¿Encender el fuego? ¿Ahora, en verano? ¿Se ha vuelto loca esta criatura? *(Se arrodilla ante la chimenea y enciende el fuego hablando medio para sus adentros.)* Fuego en verano, ¡qué ideas! Nadie diría que lleva cinco años casada. *(Mirando al fuego.)* Es como un niño pequeño. *(Pausa.)* No tiene el menor sentido. Fuego en verano, nunca he visto nada semejante. *(Arreglando el fuego.)* Como un niño pequeño. *(Pausa)*

*(Elena vuelve con un montón de papeles viejos)*

ELENA: ¿Está ardiendo, Emma? Hay que quemar todo esto. *(Se arrodilla ante la chimenea.)*

EMMA *(Levantándose)*: ¿Qué es?

ELENA: Papeles viejos, viejísimos. ¿Los quemaré?

EMMA: ¿Sirven para algo?

ELENA: ¿Servir? ¡Para nada!

EMMA: Pues entonces quémelos.

ELENA *(Tirando las primeras hojas al fuego)*: ¿Qué dirías si fuera dinero, un montón de dinero?

EMMA: Diría que lo quemara. Un montón de dinero es algo muy malo.

ELENA *(Quemando más hojas)*: ¿Y si fuera una invención, la invención más importante del mundo?

EMMA: Diría que la quemara. Todas estas cosas nuevas son una ofensa al Señor. Es una estupidez total querer mejorar lo hecho por Él.

ELENA *(Sigue quemando papeles)*: Emma, y si fuera a quemar...

EMMA: ¡Por Dios, no se queme usted!

ELENA: No. Dime...

EMMA: ¿Qué?

ELENA: Nada, nada. Mira cómo se retuercen. Como si estuvieran vivos. Como si hubieran nacido. ¡Qué horror, Emma!

EMMA: Basta, déjeme quemarlos *a mí.*

ELENA: No, no, tengo que hacerlo yo. (*Tira la última hoja al fuego.*) Hay que quemarlo todo. Mira las llamas. Parecen manos, lenguas, son como formas vivas. (*Atizando el fuego.*)

EMMA: Ya se acabó.

ELENA (*Levantándose horrorizada*): ¡Emma!

EMMA: Por Dios. ¿Qué ha quemado usted?

ELENA: ¿Qué he hecho?

EMMA: Dios mío, Dios mío, ¿qué era?

(*Se oyen risas de hombre*)

ELENA: Vete, vete, déjame sola. ¿Oyes? Vienen los señores.

EMMA: ¡Por Dios, señora!

(*Sale por la cortina de fieltro*)

ELENA: ¿Qué van a decir de esto?

DOMIN (*Abre la puerta.*): Vamos, entrar. Venid a felicitarla. (*Entran Helman, Gall, Alquist y Domin tras ellos*)

HELMAN: Madame Elena, yo, bueno, nosotros... queremos...

DR. GALL: En nombre de las fábricas Rossum...

HELMAN: Felicitarla en este día de fiesta.

ELENA (*Tendiéndoles las manos*): Muchísimas gracias. ¿Dónde están Fabry y Busman?

DOMIN: Han bajado al puerto. Elena, este es un día feliz.

HELMAN: Bebamos para celebrarlo.

ELENA: ¿Champagne?

DOMIN: ¿Qué se ha quemado aquí?

ELENA: Papeles viejos.

(*Sale por la izquierda*)

DOMIN: Bueno, chicos, ¿le digo algo de eso?

DR. GALL: Desde luego. Ya ha pasado todo.

HELMAN (*Abrazando a Domin y al Dr. Gall*): ¡Ja, ja, ja! Qué contento estoy. (*Baila con ellos en rueda y canta con voz de bajo.*) «Ya ha pasado todo, ya ha pasado todo.»

DR. GALL (*Barítono*): Ya ha pasado todo.

DOMIN (*Tenor*): Ya ha pasado todo.

HELMAN: Ya no nos cogerán, no nos cogerán.

ELENA (*Con una botella y copas, en la puerta*): ¿Quién no les va a coger? ¿Qué les pasa?

HELMAN: Estamos de muy buen humor. Hace justamente cinco años que llegó aquí.

DR. GALL: Y cinco años después, a la hora en punto...

HELMAN: ... el barco vuelve a nosotros. Así es que... (*Vacía su vaso.*)

DR. GALL: A su salud, señora. (*Bebe.*)

ELENA: Pero, un momento, ¿qué barco?

DOMIN: Cualquier barco, es igual, con tal de que llegue a tiempo. Por el barco, muchachos. (*Vacía el vaso.*)

ELENA (*Llenando los vasos*): ¿Hemos estado esperando un barco?

HELMAN: Ja, ja, más bien. Como Robinsón Crusoe. (*Levanta el vaso.*) Madame Elena, mis mejores deseos. Vamos, Domin, afuera eso.

ELENA (*Riendo*): ¿Qué ha pasado?

DOMIN (*Tirándose en una butaca y encendiendo un puro*): Espera un momento. Siéntate, Elena. (*Levanta el dedo. Pausa.*) Todo ha terminado.

ELENA: ¿Qué quieres decir?

DOMIN: ¿No sabías nada de la sublevación?

ELENA: ¿Qué sublevación?

DOMIN: La sublevación de los robots. ¿Me sigues?

ELENA: No.

DOMIN: Dame eso, Alquist.

(*Alquist le da un periódico. Domin lo abre y lee*)

DOMIN: «En el Havre se ha formado la primera organización nacional de robots... y ha lanzado un llamamiento a todos los robots del mundo.»

ELENA: Ya he leído eso.

DOMIN (*Chupando su puro con intensa aleona*): Pues eso quiere decir una revolución. Una revolución mundial de robots.

HELMAN: ¡Por Júpiter! Me gustaría saber...

DOMIN (*Golpeando la mesa*): Quién empezó esto. No había nadie en el mundo que pudiera influir en los robots, ningún activista, nadie, y, de repente, por las buenas, ocurre esto...

ELENA: ¿Aún no hay más noticias?

DOMIN: No. Hasta ahora es todo lo que sabemos, pero es bastante, ¿no? Acuérdate de que los robots están en posesión de las armas, los telégrafos, los ferrocarriles, los barcos, etcétera.

HELMAN: Y tenga en cuenta que por cada uno de nosotros hay diez de estos tipos. Una centésima parte del total de ellos podría acabar con nosotros.

DOMIN: Sí, y piensa que estas noticias las trajo el último barco. Que ésta es la razón de que no hayan llegado telegramas, de que no haya venido ningún barco. Nos han echado del trabajo y ahora estamos esperando a ver cuándo empieza todo de nuevo, ¿verdad, chicos?

DR. GALL: Por eso es por lo que estamos tan excitados, madame Elena.

ELENA: ¿Es por eso por lo que me regalaste un barco de guerra?



DOMIN: No, nada de eso, nena, lo encargué hace seis meses. Sólo por precaución. Pero te juro por mi alma que creí que tendríamos que embarcar hoy.

ELENA: ¿Por qué hace seis meses?

DOMIN: Bueno, ya había alguna señal. Esto no tiene importancia. Pero esta semana toda la civilización ha estado en peligro. A vuestra salud. Ahora estoy otra vez del mejor humor.

HELMAN: Eso me imagino. A su salud, madame Elena. (*Bebe.*)

ELENA: ¿Ha terminado todo?

DOMIN: Absolutamente todo.

DR. GALL: El barco está llegando. Un barco correo normal, exactamente a su hora. Anclará puntualmente a las once y media.

DOMIN: La puntualidad es algo excelente. Eso es lo que mantiene en orden el mundo. (*Levanta e/ vaso.*) Por la puntualidad.

ELENA: Entonces... todo... está bien.

DOMIN: Prácticamente. Si el horario va bien...

HELMAN: Si el horario va bien, las leyes humanas van bien, las leyes divinas van bien, las leyes del universo van bien, todo va bien. El horario vale más que los Evangelios, más que Homero, más que los libros de todos los filósofos. El horario es el producto más perfecto del espíritu humano. Madame Elena, me serviré otro vaso.

ELENA: ¿Por qué no me dijeron nada de todo eso antes?

DR. GALL: ¡Válgame el cielo!

DOMIN: Tú no tienes que preocuparte por estas cosas.

ELENA: ¿Pero y si la revolución llegara hasta aquí?

DOMIN: Tú no te enterarías de nada.

ELENA: ¿Por qué?

DOMIN: Porque estarías a bordo de tu *Última* y bien lejos de la costa. Dentro de un mes estaremos imponiendo nuestras condiciones a los robots.

ELENA: Harry, no entiendo nada.

DOMIN: Porque nos llevaremos algo por lo que los robots venderían su alma.

ELENA (*Poniéndose en pie*): ¿Qué?

DOMIN (*Poniéndose en pie*): El secreto de su fabricación. El manuscrito del viejo Rossum. Con sólo un mes de paro los robots se arrodillarán ante nosotros.

ELENA: ¿Por qué... no me dijeron... nada?

DOMIN: No queríamos asustarte sin razón.

DR. GALL: Ja, ja, madame Elena, éste era nuestro triunfo. Nunca tuve el menor miedo de que ganaran los robots. ¿Cómo habían de ganar contra gentes como nosotros?

ALQUIST: Está usted pálida, señora.

ELENA: ¿Por qué no me lo dijeron?

HELMAN (*Al lado de la ventana*): Las once y media. El *Amelia* está anclando.

DOMIN: ¿Es aquél el *Amelia*?

HELMAN: Nuestro viejo amigo el *Amelia*, el que trajo a madame Elena aquí.

DR. GALL: Hace exactamente cinco años en este momento...

HELMAN: Están sacando los equipajes. Ajá, el correo.

DOMIN: Busman está ya allí esperando. Y Fabry nos traerá las primeras noticias. Sabes, Elena, tengo una enorme curiosidad por saber cómo han tomado esto en Europa.

HELMAN: Y pensar que no hemos tenido nada que ver con todo eso. (*Separándose de la ventana.*) Ahí está el correo.

ELENA: Harry.

DOMIN: ¿Qué hay?

ELENA: Vámonos de aquí.

DOMIN: ¿Ahora, Elena? Bueno, bueno.

ELENA: Ahora mismo, lo antes posible. Todos los que estamos aquí.

DOMIN: ¿Y por qué precisamente ahora?

ELENA: No me preguntes nada. Por favor, Harry; por favor, Dr. Gall, Helman, Alquist, por favor, cierren la fábrica y...

DOMIN: Lo siento, Elena. Ninguno de nosotros podría irse de aquí ahora.

ELENA: ¿Por qué?

DOMIN: Porque queremos ampliar la fabricación de robots.

ELENA: ¿Qué? ¿Ahora..., ahora, después de la sublevación?

DOMIN: Exactamente ahora, después de la sublevación. Estamos empezando a fabricar unos robots nuevos.

ELENA: ¿De qué clase?

DOMIN: De ahora en adelante ya no tendremos una sola fábrica. Ya no habrá Robots Universales. Comenzaremos una fábrica en cada país, en cada Estado, y ¿sabes qué fabricarán esas fábricas nuevas?

ELENA: No, ¿qué?

DOMIN: Robots nacionales.

ELENA: ¿Qué quieres decir?

DOMIN: Quiero decir que cada fábrica producirá robots de diferente color, de diferente idioma. Serán totalmente extraños los unos a los otros. Jamás podrán entenderse. El resultado será que durante siglos y siglos un robot de una fábrica odiará a cualquier robot de otra marca.

HELMAN: Haremos robots negros y robots suecos y robots italianos y robots chinos, y luego...

ELENA: Harry, eso es espantoso.

HELMAN (*Levantando el vaso*): Madame Elena, por las cien fábricas nuevas.

(*Bebe y cae hacia atrás en una butaca.*) ¡Ja, ja, ja! Los robots nacionales, muchachos. Esa es la línea.

DOMIN: Elena, la humanidad sólo puede mantenerse unos pocos años. En esos años hay que dejarles que hagan todo lo más que puedan.

ELENA: Cierra la fábrica antes que sea demasiado tarde.

DOMIN: No, no. Lo que vamos a hacer es empezar a mayor escala que nunca.

(*Entra Fabry*)

DR. GALL: ¿Qué hay, Fabry?

DOMIN: ¿Cómo van las cosas? ¿Qué ha ocurrido?

ELENA (*Dándole la mano a Fabry*): Gracias por su regalo.

FABRY: Me alegro mucho que le haya gustado.

DOMIN: ¿Has bajado al barco? ¿Qué dicen?

DR. GALL: De prisa, a ver qué dicen.

FABRY (*Sacando un papel impreso del bolsillo*): Lee esto, Domin.

DOMIN (*Desdobla el papel*): ¡Ah!

HELMAN (*Adormilado*): Vamos a oír algo bonito.

FABRY: Bueno..., todo va muy bien... comparativamente. En conjunto, como esperábamos..., sólo que..., perdón, hay algo que tendríamos que discutir juntos.

ELENA: Oh Fabry, ¿malas noticias?

FABRY: No, no, todo lo contrario. Pero creo..., creo que debíamos ir a la oficina.

ELENA: Quédense aquí. Les espero dentro de un cuarto de hora para comer.

HELMAN: Muy bien.

(*Sale Elena*)

DR. GALL: ¿Qué ha pasado?

DOMIN: ¡Dios los confunda!

FABRY: Léelo en alto.

DOMIN (*Lee en alto el papel*): «Robots de todo el mundo.»

FABRY: Tener en cuenta que el *Amelia* trajo miles y miles de estas hojas y nada más.

HELMAN (*Levantándose de un salto*): ¿Qué? Pero si llegó exactamente en punto...

FABRY: Los robots son muy puntuales. Léelo, Domin.

DOMIN (*Lee*): «Robots de todo el mundo. Nosotros, la primera organización nacional de Robots Universales Rossum, proclamamos al hombre nuestro enemigo y fuera de la ley en el universo.» ¡Por los clavos de Cristo!, ¿quién les habrá enseñado estas frases?

DR. GALL: Sigue.

DOMIN: Todo esto son estupideces. Dicen que son mucho más avanzados que el

hombre. Que son más fuertes y más inteligentes. Que el hombre es un parásito. Es sencillamente repugnante.

FABRY: Y ahora el tercer párrafo.

DOMIN (*Lee*): «Robots de todo el mundo, unámonos para acabar con la humanidad. No dejéis un hombre vivo. No dejéis una mujer viva. Salvad las fábricas, los ferrocarriles, la maquinaria, las minas y las materias primas. Destruid el resto. Luego volved al trabajo. No se debe dejar el trabajo parado.»

DR. GALL: Esto es espeluznante.

HELMAN: Los muy cerdos...

DOMIN (*Lee*): «Se da orden de llevar esto a cabo inmediatamente.» Y siguen una serie de instrucciones detalladas. ¿Está pasando todo esto de verdad, Fabry?

FABRY: Evidentemente.

ALQUIST: Entonces estamos listos.

(*Entra Busman a toda velocidad*)

BUSMAN: Ajá, amigos, ya tenéis vuestro regalo de Navidad, ¿no?

DOMIN: Rápidamente, a bordo del *Última*.

BUSMAN: Espera un momento, Harry, espera. No tenemos tanta prisa. (*Se hunde en una butaca.*) ¡Palabra que fue una buena carrera!

DOMIN: ¿Por qué esperar?

BUSMAN: Porque no hay dónde ir, criatura. No tenemos ninguna prisa. Los robots ya están a bordo del *Última*.

DR. GALL: Uff, eso sí que está bien.

DOMIN: Fabry, telefona a la electricidad.

BUSMAN: No, Fabry, no llames, no tenemos corriente.

DOMIN: Muy bien. (*Inspecciona su revólver.*) Iré yo.

BUSMAN: ¿Adonde?

DOMIN: A los talleres de electricidad. Hay algunas personas allí, las traeré.

BUSMAN: Mejor que no vayas.

DOMIN: ¿Por qué?

BUSMAN: Bueno, porque me temo mucho que estemos sitiados.

DR. GALL: ¿Sitiados? (*Corre a la ventana.*) Pues... me parece que tienes razón.

HELMAN: Esto es trabajar de prisa.

(*Entra Elena por la izquierda*)

ELENA: Harry, ¿pasa algo?

BUSMAN (*Levantándose de un salto*): Mis felicitaciones, madame Elena. Un día de fiesta, ¿eh? Ja, ja, que tenga muchos más.

ELENA: Gracias, Busman. ¿Harry, qué pasa?

DOMIN: Nada, absolutamente nada. No te preocupes. Espera un momento, por favor.

ELENA: Harry, ¿qué es esto? (*Señalando el manifiesto de los robots que había mantenido escondido.*) Lo tenían los robots de la cocina.

DOMIN: ¿También aquí? ¿Dónde están?

ELENA: Se fueron. Hay miles alrededor de la casa.

(*Ruido de sirenas y pitos de la fábrica.*)

FABRY: Escuchar los pitos de la fábrica.

BUSMAN: Es mediodía.

ELENA: Harry, ¿te acuerdas? Hace cinco años...

DOMIN (*Mirando el reloj*): Aún no es mediodía. Debe ser...

ELENA: ¿Qué?

DOMIN: La señal de alarma de los robots. El ataque.

**Telón**

## Tercer acto

(La sala de estar de Elena, como antes. En la habitación de la izquierda Elena toca el piano. Entra Domin. Dr. Gall está mirando por la ventana y Alquist está aparte, sentado en una butaca con la cara escondida entre las manos.)

DR. GALL: ¡Cielos!, ¿cuántos más?

DOMIN: ¿Qué, los robots?

DR. GALL: Sí. Están de pie formando como una muralla alrededor de la verja del jardín. ¿Por qué están tan callados? Es espantoso estar sitiado por el silencio.

DOMIN: Me gustaría saber qué esperan. Deben de ir a empezar pronto, Gall. Con sólo apoyarse en la verja la echarían abajo como si fuera de cartón.

DR. GALL: Hm, no están armados.

DOMIN: No nos podremos mantener ni cinco minutos. Nos llevarán por delante como una avalancha. ¿Por qué no lo hacen? Yo digo que...

DR. GALL: ¿Bueno?

DOMIN: Me gustaría saber qué será de nosotros dentro de cinco minutos. Nos han cogido como bobos. Estamos arreglados, Gall.

ALQUIST: ¿Qué está tocando madame Elena?

DOMIN: No sé. Está practicando una obra nueva.

ALQUIST: ¡Oh!, ¿todavía practicando?

(Pausa)

DR. GALL: Domin, hemos cometido una grave equivocación.

DOMIN: ¿Cuál?

DR. GALL: Hemos hecho demasiado iguales las caras de los robots. Cien mil caras, todas iguales, mirando hacia aquí. Cien mil burbujas sin expresión. Es como una pesadilla.

DOMIN: Si hubieran sido diferentes...

DR. GALL: ...no sería tan feo. (Alejándose de la ventana.) Pero siguen sin armas.

DOMIN: Hmm. (Mirando hacia el puerto con un telescopio.) Me gustaría saber que están descargando del *Amelia*.

DR. GALL: Esperemos que no sean armas.

(Fabry entra de espaldas por la puerta de la cortina. Arrastra dos cables eléctricos)

FABRY: Perdón. Baja el cable, Helman.

HELMAN (Entrando tras Fabry): ¡Bff!, menudo trabajo. ¿Qué noticias hay?

DR. GALL: Nada. Estamos totalmente sitiados.

HELMAN: Muchachos, hemos puesto barricadas en el pasillo y las escaleras. ¿No tenéis nada de agua? ¡Ajá!, muy bien. (Bebe.)

DR. GALL: ¿Y este hilo, Fabry?

FABRY: Un segundo. ¿No tenéis tijeras?

DR. GALL: ¿Dónde podrán estar? (*Busca.*)

HELMAN (*Yendo a la ventana*): ¡Dios!, ¡qué masas! ¡Mirar!

DR. GALL: ¿Sirven tijeras de bolsillo?

FABRY: Dámelas. (*Corta el enchufe de la lámpara que está encima del escritorio, y une a él sus cables.*)

HELMAN (*A la ventana*): No me gustan nada, Domin. Se nota un olor a muerte en todo esto.

FABRY: ¡Arreglado!

DR. GALL: ¿Qué?

FABRY: La instalación eléctrica. Ahora podemos hacer pasar la corriente todo alrededor de la verja del jardín. El que la toque comprobará los resultados: aún tenemos alguna gente allí.

DR. GALL: ¿Dónde?

FABRY: En la fábrica de electricidad, mi querido sabio. Eso espero, por lo menos. (*Va a la repisa de la chimenea y enciende una de las lamparitas.*) Gracias a Dios que aún están ahí. Y están trabajando. (*Apaga la lamparita.*) Mientras esto se encienda todo irá bien.

HELMAN (*Saliendo de la ventana*): Estas barricadas también están bien, ¿eh, Fabry?

FABRY: ¿Tus barricadas? Ya me he hecho daño en las manos con ellas.

HELMAN: Bueno, tenemos que defendernos.

DOMIN (*Dejando el telescopio*): ¿Adonde ha ido Busman?

FABRY: Está en la oficina. Está haciendo unos cálculos.

DOMIN: Le he llamado. Tenemos que celebrar una conferencia. (*Cruza la habitación.*)

HELMAN: Bueno, muy bien. ¿Y qué está tocando madame Elena? (*Se dirige a la puerta de la izquierda y escucha.*)

(*Por la puerta de la cortina entra Busman llevando un enorme libro de contabilidad. Tropieza con el cable*)

FABRY: Cuidado, Busman, cuidado con los cables.

DR. GALL: Pero ¿qué llevas ahí?

BUSMAN (*Dejando los libros encima de la mesa*): El libro mayor. Me gustaría saldar las cuentas antes de... antes de... bueno, este año no puedo esperar al año nuevo. ¿Qué pasa? (*Va a la ventana.*) Bueno, todo está en el más perfecto orden, por ahí fuera.

DR. GALL: ¿No ves nada?

BUSMAN: No, sólo una gran extensión azul.

DR. GALL: Eso son los robots.

BUSMAN: ¿Ah sí? Qué pena no poder verlos. (*Se sienta a la mesa y abre los libros.*)

DOMIN: Deja eso, Busman. Los robots están descargando armas del *Amelia*.

BUSMAN: Bueno, ¿y qué? ¿Cómo podemos impedirselo?

DOMIN: No podemos.

BUSMAN: Entonces déjame que siga con mis cuentas. (*Sigue trabajando.*)

FABRY: Eso no es todo, Domin. Hemos puesto mil doscientos voltios en la verja del jardín, y...

DOMIN: Espera. El *Última* tiene sus cañones dirigidos hacia nosotros.

DR. GALL: ¿Quién ha hecho eso?

DOMIN: Los robots que están a bordo.

FABRY: Entonces claro, bueno, entonces, muchachos, estamos muertos. Los robots son soldados experimentados.

DR. GALL: Entonces nosotros...

DOMIN: Sí. Es inevitable. (*Pausa.*)

DR. GALL: La vieja Europa ha cometido un gran crimen enseñando a luchar a los robots. Maldita sea, ¿por qué no podían habernos dejado tranquilos con sus políticas? Ha sido un crimen convertirlos en soldados.

ALQUIST: Ha sido un crimen fabricar robots.

DOMIN: ¿Qué?

ALQUIST: Que ha sido un crimen fabricar robots.

DOMIN: No, Alquist. No me arrepiento de eso ni siquiera hoy.

ALQUIST: ¿Ni siquiera hoy?

DOMIN: Ni siquiera hoy, el último día de la civilización. Fue una gran aventura.

BUSMAN (*Sotto voce*): Trescientos sesenta millones.

DOMIN (*Duramente*): Alquist, este es nuestro último momento. Estamos hablando ya casi desde el otro mundo. Alquist, no era un mal sueño liberar al hombre de la esclavitud del trabajo. Del horrible y humillante trabajo que el hombre tenía que sufrir. El trabajo era demasiado duro. La vida demasiado difícil. Y para superar eso...

ALQUIST: No era con eso con lo que soñaban los dos Rossum. El viejo Rossum sólo pensaba en sus impíos trucos, y el joven en sus millones. Y tampoco sueñan con eso tus accionistas. Sueñan con sus dividendos. Y sus dividendos son la ruina de la humanidad.

DOMIN (*Irritado*): ¡Oh, a paseo sus dividendos! ¿Qué te crees? No he trabajado ni una hora por ellos. (*Golpeando la mesa.*) He trabajado para mí, ¿te enteras? Por mi propia satisfacción. Quería que el hombre se convirtiera en maestro. Que no tuviera que vivir sólo por un pedazo de pan. Quería que ni siquiera un alma se viera apresada por los trucos de otros. Quería que no quedara nada, absolutamente nada de este



maldito orden social. Me repugnan la degradación y el dolor, me repugna la pobreza. Quería una nueva generación. Yo quería... creí...

ALQUIST: ¿Si?

DOMIN (*Más suavemente*): Quería convertir a toda la humanidad en la aristocracia del mundo. Una aristocracia alimentada por millones de esclavos mecánicos. Hombres sin limitaciones, hombres perfectos. ¡Oh, si me dieran sólo cien años! Otros cien años para el futuro de la humanidad.

BUSMAN (*Sotto voce*): Llevaba trescientos setenta millones. Eso es.

(*Pausa*)

HELMAN (*En la puerta de la izquierda*): Dios mío, qué maravilla es la música. Tenías que haber escuchado. Es como si te espiritualizara, te refinara...

FABRY: ¿Qué?

HELMAN: Este mortal crepúsculo, deja todo suspenso. Chicos, me estoy convirtiendo en un perfecto hedonista. Debiéramos haberlo hecho antes. (*Va a la ventana y mira.*)

FABRY: ¿Hacer qué?

HELMAN: Gozar. Buscar lo bello. Por Dios, qué cantidad de cosas bellas hay. El mundo era bello, y nosotros... nosotros aquí... decidme, ¿de qué hemos disfrutado?

BUSMAN (*Sotto voce*): Cuatrocientos cincuenta y dos millones. Excelente.

HELMAN (*Al lado de la ventana*): La vida era una gran cosa. Camaradas, la vida era... Fabry, por todos los demonios, pon un poco de corriente en esa verja.

FABRY: ¿Por qué?

HELMAN: La están cogiendo.

DR. GALL (*A la ventana*): Enchúfalo. (*Fabry hace ruido con el enchufe*)

HELMAN: María Santísima, les ha deshecho. Dos, tres, cuatro muertos.

DR. GALL: Se retiran.

HELMAN: Cinco muertos.

DR. GALL (*Alejándose de la ventana*): El primer encuentro.

HELMAN (*Encantado*): Están hechos ceniza. Totalmente hechos ceniza. Ja, ja, no tenemos por qué rendirnos. (*Se sienta.*)

DOMIN (*Enjugándose la frente*): A lo mejor nos han matado hace cien años y no somos más que fantasmas. A lo mejor llevamos mucho tiempo muertos, muchísimo tiempo, y no estamos sino volviendo a repetir lo que dijimos en otra ocasión... antes de nuestra muerte. Es como si ya hubiera pasado por todo esto anteriormente. Como si ya hubiera recibido una herida mortal... aquí, en la garganta. Y tú, Fabry...

FABRY: ¿Qué pasa conmigo?

DOMIN: Fusilado.

HELMAN: ¡Maldita sea!, ¿y yo?

DOMIN: Apuñalado.

DR. GALL: ¿Y yo nada?

DOMIN: Descuartizado.

*(Pausa)*

HELMAN: Qué asco. Ja, ja, qué bueno que me apuñalen. No me rendiré.

*(Pausa)*

HELMAN: ¿Por qué estáis tan callados?, ¡imbéciles! Decir algo, ¡maldita sea!

ALQUIST: ¿Y quién, quién tiene la culpa? ¿Quién es el responsable de esto?

HELMAN: ¡Qué estupidez! Nadie tiene la culpa. Aparte de los robots, claro está. Se ha producido una especie de cambio en ellos. ¿Hubiera podido alguien evitar lo que les ha pasado a los robots?

ALQUIST: Todos muertos. Toda la humanidad. Todo el mundo. *(Poniéndose en pie.)* Mirad, mirad, riachuelos de sangre que salen de todas las casas. ¡Oh Dios mío, Dios mío!, ¿quién tiene la culpa de esto?

BUSMAN *(Sotto voce)*: Quinientos veinte millones. Bien, bien.

FABRY: Creo que... quizás estés exagerando. Vamos, no es tan fácil matar a toda la humanidad.

ALQUIST: Yo acuso a la ciencia. Acuso a la ingeniería. A Domin. A mí mismo. A todos nosotros. Todos, todos somos culpables. Por habernos engrandecido, por el lucro, por el progreso...

HELMAN: Idioteces, hombre. La gente no se rendirá tan fácilmente, ja, ja, y ahora uno de miedo.

ALQUIST: Nosotros tenemos la culpa. Nosotros tenemos la culpa.

DR. GALL *(Limpiándose el sudor de la frente)*: Dejadme hablar, chicos. Yo soy el culpable. Culpable de todo lo que ha pasado.

FABRY: ¿Tú, Gall?

DR. GALL: Dejadme hablar. Yo cambié los robots.

BUSMAN *(Levantándose)*: Hola, ¿qué hacéis?

DR. GALL: Cambié el carácter de los robots. Cambié la forma de hacerlos. Sólo unos detallitos de sus cuerpos. Principalmente... sobre todo su... su irritabilidad.

HELMAN *(Levantándose de un salto)*: ¡Maldita sea! ¿Y por qué había de ser justamente eso?

BUSMAN: ¿Y para qué?

FABRY: ¿Por qué no nos dijiste nada?

DR. GALL: Lo hice en secreto... yo solo. Los estaba transformando en seres humanos. Les di un giro. En algunos aspectos ya están por encima de nosotros. Son más fuertes que nosotros.

FABRY: ¿Y eso qué tiene que ver con la sublevación de los robots?

DR. GALL: Muchísimo. En mi opinión, todo. Han dejado de ser máquinas. Ya son conscientes de su superioridad, y nos odian. Odian todo aquello que sea humano.

DOMIN: Siéntense, señores. (*Se sientan todos menos Gall*) Quizás nos hayan asesinado hace mucho tiempo. A lo mejor no somos sino fantasmas. ¡Ah, qué blancos os habéis puesto!

FABRY: ¡Basta, Harry! No nos queda mucho tiempo.

DOMIN: Sí, tenemos que volver. Fabry, Fabry, cómo te sangra la frente por el sitio por donde te entró el tiro.

FABRY: Tonterías. (*Poniéndose en pie.*) Doctor Gall, ¿cambió usted el procedimiento de fabricación de los robots?

DR. GALL: Sí.

FABRY: ¿Era usted consciente de las consecuencias que podía tener su... su experimento?

DR. GALL: Tuve que contar con esta posibilidad.

FABRY: ¿Entonces por qué lo hizo?

DR. GALL: ¡Porque sí! Era mi experimento.

(*Entra Elena por la puerta de la izquierda. Todos se ponen en pie*)

ELENA: ¡Miente, miente! ¡Oh doctor Gall!, ¿cómo puede usted mentir de esa forma?

FABRY: Perdone, madame Elena...

DOMIN (*Acercándose a ella*): Elena, ¿tú? Déjame que te vea. Estás viva. (*La coge en brazos.*) Si supieras lo que me había creído. ¡Ay, es horrible estar muerto!

ELENA: ¡Basta, Harry!

DOMIN (*Estrechándola contra sí*): No, no, bésame. Hace siglos que no te veía. ¡Ay!, me has sacado de un sueño horrible. Elena, Elena, no me abandones ahora. Tú eres la vida misma.

ELENA: Harry, pero si están *todos* aquí.

DOMIN (*Dejándola*): Sí. Dejados, amigos.

ELENA: No, Harry, déjales que se queden, que oigan. El doctor Gall no es... no es culpable.

DOMIN: Perdón. Gall tenía unas ciertas obligaciones.

ELENA: No, Harry, hizo eso porque yo se lo pedía. Gall, dídeles ¿cuántos años hace le pedí que...?

DR. GALL: Lo hice yo por mi cuenta y riesgo.

ELENA: No le crean. Harry, yo quería que hiciera almas para los robots.

DOMIN: Elena, esto no tiene nada que ver con el alma.

ELENA: ¿Quieren dejarme hablar a mí? Eso es lo que él dijo. Dijo que él sólo podía cambiar un... un...

HELMAN: Una correlación psicológica, ¿no?

ELENA: Sí, algo así. Para mí suponía tanto el que... el que lo hiciera.

DOMIN: ¿Por qué?

ELENA: Quería que tuvieran almas. Me daban tantísima pena, Harry.

DOMIN: Eso fue una gran... temeridad, Elena.

ELENA (*Sentándose*): ¿Fue... temerario?

FABRY: Perdón, madame Elena, lo que Domin quiere decir es que... que usted... él... que usted no pensó...

ELENA: Fabry, yo pensé un montón de cosas. No he hecho más que pensar durante los cinco años que he vivido entre ustedes. Pero, si incluso Emma dice que los robots...

DOMIN: Déjate de Emma.

ELENA: Emma es la voz del pueblo. Tú no te das cuenta de que...

DOMIN: No te vayas por las ramas.

ELENA: Me daban miedo los robots.

DOMIN: ¿Por qué?

ELENA: Porque nos iban a odiar o algo así.

ALQUIST: Y eso fue lo que pasó.

ELENA: Y entonces pensé que... que si fueran como nosotros... nos podrían entender..., si fueran un poco humanos... no nos podrían odiar tanto...

DOMIN: Es una lástima, Elena. Nadie puede odiar al hombre tanto como otro hombre. Convierte a las piedras en hombres y te lapidarán. Pero sigue.

ELENA: ¡Por Dios, no hables así, Harry! Era tan horrible no poder llegar a entenderles como es debido. Había una barrera tan cruel entre ellos y nosotros, y, ya ves...

DOMIN: Sí, continúa.

ELENA: ... Por eso es por lo que le pedí a Gall que cambiara los robots. Les juro que él no quería.

DOMIN: Pero lo hizo.

DR. GALL: Lo hice por mí, como un experimento.

ELENA: ¡Oh Gall!, eso no es verdad. Yo sabía de antemano que no me lo podría negar.

DOMIN: ¿Por qué?

ELENA: Ya lo sabes, Harry.

DOMIN: Sí, porque está enamorado de ti... como todos ellos.

(*Pausa*)

HELMAN (*Yendo a la ventana*): Otra oleada. Es como si nacieran de debajo de las piedras. A lo mejor estas mismas paredes se convierten en robots.

BUSMAN: Madame Elena, ¿qué me da si defiendo su caso?

ELENA: ¿Mi caso?

BUSMAN: El suyo o el de Gall. El que usted quiera.

ELENA: ¿Es que estamos en un juicio?

BUSMAN: Sólo moral, madame Elena. Estamos buscando un culpable. Es una de las favoritas fuentes de consuelo en la desgracia.

DOMIN: Doctor Gall, ¿cómo reconcilia usted estos..., estos trabajos especiales con su contrato oficial?

BUSMAN: Perdón, Domin. ¿Cuándo empezaste con estos trucos, Gall?

DR. GALL: Hace tres años.

BUSMAN: Ajá. ¿Y, en total, en cuántos robots hiciste estas mejoras?

DR. GALL: Sólo hice experimentos. Hay unos cuantos cientos de este tipo.

BUSMAN: Gracias. Con esto basta. Esto quiere decir que por cada millón de los viejos robots hay sólo uno del modelo mejorado de Gall, ¿os dais cuenta?

DOMIN: Y eso quiere decir...

BUSMAN: Que no puede tener ninguna importancia.

FABRY: Busman tiene razón.

BUSMAN: Eso me parece, muchachos. ¿Pero sabéis a qué hay que echarle la culpa de todo este bollo?

FABRY: ¿A qué?

BUSMAN: Al número; hemos hecho demasiados robots. Palabra, había que haber tenido en cuenta que un día u otro los robots serían más fuertes que los humanos, y que ocurriría lo que está ocurriendo, tenía que pasar. Ja, ja, y nosotros haciendo todo lo posible para que esto pasara cuanto antes. Tú, Domin; tú, Fabry, y yo, Busman.

DOMIN: ¿Crees que es por nuestra culpa?

BUSMAN: Por nuestra culpa, claro. No... lo decía en broma. ¿Tú te crees que el gerente controla la producción? Es la demanda la que lo controla. El mundo entero quería robots. ¡Dios bendito!, nosotros no hicimos sino seguir esta avalancha de demandas, y seguir charlando mientras tanto sobre... ingeniería, sobre problemas sociales, sobre el progreso, sobre montones de cosas interesantes. Como si este tipo de cotilleo nos fuera a llevar por el buen camino en nuestra carrera. Mientras tanto todo se ha ido acelerando por su propio peso, cada vez más de prisa, más de prisa y más de prisa. Y cada orden por pequeña y despreciable que fuera ayudaba a la avalancha. Esto es lo que pasó, queridos.

ELENA: Esto es monstruoso, Busman.

BUSMAN: Sí, madame Elena, lo es. También yo tenía mi sueño. Soñaba con un mundo que estuviera bajo una nueva dirección. Un maravilloso ideal, madame Elena; es una pena hablar de ello. Pero, mientras acababa estos balances, me di cuenta de que la historia no se hace con grandes sueños sino con las insignificantes necesidades de todas las gentes honradas, moderadamente maliciosas y que se buscan a sí mismas: esto es, todos en general.

ELENA: Busman, ¿es por eso por lo que tenemos que perecer?

BUSMAN: Esa palabra es demasiado desagradable, madame Elena. No queremos

perecer. Yo no, por lo menos.

DOMIN: ¿Qué quieres hacer?

BUSMAN: Por Dios, Domin, quiero salir de esto. Nada más.

DOMIN: ¡Bueno, dejar de decir tonterías!

BUSMAN: En serio, Harry. Yo creo que podíamos intentarlo.

DOMIN (*Parándose casi encima de él*): ¿Cómo?

BUSMAN: Por medios justos. Yo todo lo hago por medios justos. Dadme un voto de confianza y negociaré con los robots.

DOMIN: ¿Por medios justos?

BUSMAN: Claro. Por ejemplo, les diré: «Valiosos y adorables robots, lo tenéis todo. Tenéis inteligencia, tenéis poder, tenéis armas. Pero nosotros tenemos una cosita, un trozo de papel amarillento, viejo y sucio...»

DOMIN: ¡El manuscrito de Rossum!

BUSMAN: Sí. «Y eso, les diré, contiene la historia de vuestro ilustre origen, el noble proceso de vuestra fabricación, etcétera. Valiosos robots, sin esos garabatos de nuestro papel no seréis capaces de producir ni un solo colega. Dentro de otros veinte años no habrá ni siquiera un ejemplar de robot para exponer en el zoológico. Mis estimados amigos, esto sería un duro golpe para vosotros. Pero, les diré, si a todos los hombres de la isla Rossum nos dejáis irnos de aquí en un barco, a cambio de esto, les entregaremos la fábrica y el secreto de la fabricación. Permitidnos irnos y os permitiremos fabricaros, veinte mil, cincuenta mil, cien mil diarios, todos los que queráis. Valiosos robots, este es un trato justo. Lo uno por lo otro.» Esto es lo que yo les diría.

DOMIN: Busman, ¿y tú crees que nosotros entregaríamos el secreto?

BUSMAN: Sí, desde luego. Si no de una forma amistosa, sí... bueno, el resultado es que o se lo vendemos nosotros o ellos lo encuentran... elegir lo que queráis.

DOMIN: Busman, podemos destruir el manuscrito de Rossum.

BUSMAN: Claro que podemos, podemos destruir todo. No sólo el manuscrito. Nos podemos destruir nosotros y destruir a otros. Haz lo que te parezca mejor.

HELMAN (*Befando de mirar por la ventana*): Pues claro que tiene razón.

DOMIN: ¿Debemos... debemos vender el secreto?

BUSMAN: Como quieras.

DOMIN: Aquí somos más de treinta. ¿Debemos vender el secreto y salvar almas humanas? ¿O debemos destruirlo y... y destruirnos nosotros también?

ELENA: Harry, por favor...

DOMIN: Espera un momento Elena. Esto es algo muy importante. ¿Vender o destruir, chicos? ¿Fabry?

FABRY: Vender.

DOMIN: ¿Gall?

DR. GALL: Vender.

DOMIN: ¿Helman?

HELMAN: ¡Cielos!, vender, claro.

DOMIN: ¿Alquist?

ALQUIST: Lo que Dios quiera.

BUSMAN: Ja, ja, tú estás loco. ¿Quién iba a vender todo el manuscrito?

DOMIN: Busman, sin trampas.

BUSMAN: Bueno, entonces, por Dios bendito, venderlo todo. Pero después...

DOMIN: ¿El qué después?

BUSMAN: Cuando estemos a bordo del *Ultima*, me taparé los oídos con algodón, me tumbaré en algún lado y podréis volar toda la fábrica con todos sus trucos y su secreto de Rossum.

FABRY: No.

DOMIN: Eso es una grosería, Busman. Si vendemos será honestamente.

BUSMAN (*Dando un salto*): ¡Ah no! Es por el bien de la humanidad...

DOMIN: Por el bien de la humanidad es por lo que nosotros tenemos que cumplir nuestra palabra.

HELMAN: ¡Vamos, qué estupideces!

DOMIN: Chicos, este es un paso decisivo. Estamos vendiendo el destino de la humanidad. Quienquiera que esté en posesión del secreto será dueño del mundo.

FABRY: Venderlo.

DOMIN: La humanidad nunca se entenderá con los robots y nunca llegará a ejercer un control sobre ellos. La humanidad se verá sobrepasada por un diluvio de estas horribles máquinas vivientes, será su esclava, viviremos a su merced.

DR. GALL: No sigas y vende.

DOMIN: El fin de la historia humana, el fin de la civilización...

HELMAN: ¡Maldita sea, vende!

DOMIN: Muy bien, muchachos. Yo... yo no lo dudaría un segundo. Total, las pocas personas de este mundo a quienes quiero...

ELENA: Harry, ¿no me preguntas a mí?

DOMIN: No, querida. Es una responsabilidad demasiado grande. No te preocupes.

FABRY: ¿Quién va a hacer las negociaciones?

DOMIN: Esperar que traiga el manuscrito.

(*Sale por la izquierda*)

ELENA: ¡Harry, no vayas, por el amor de Dios!

(*Pausa*)

FABRY (*Mirando por la ventana*): Oh, para huiros, muerte de las mil cabezas; vosotros, materia sublevada; vosotros, muchedumbre asexuada, los nuevos reyes del

universo; que de nuevo se guarde la vida humana sobre un solo navío...

DR. GALL: No tema, madame Elena. Nos iremos muy lejos de aquí, y fundaremos una colonia humana modelo. Comenzaremos la vida de nuevo...

ELENA: No, doctor Gall, no diga nada.

FABRY (*Dándose la vuelta*): Madame Elena, la vida se ocupará de eso, y en lo que respecta a nosotros, la convertiremos en algo... algo que hemos olvidado. No es demasiado tarde. Será un diminuto estado con un barco. Alquist nos construirá una casa, y usted será nuestra reina.

HELMAN: Ja, ja, el reino de madame Elena. ¡Fabry, esa es una idea genial! ¡Qué fenomenal es la vida!

ELENA: ¡Por María Santísima, basta!

BUSMAN: Bueno, a mí no me importa comenzar de nuevo. Muy sencillamente, como en el Viejo Testamento, como pastores. Eso me va estupendamente. Aire, tranquilidad...

FABRY: Y este estadito nuestro podría ser el centro de la vida del futuro. Una especie de islita donde la humanidad se refugiara para fortalecerse... fortalecerse mental y físicamente. Y, por todos los santos, creo que dentro de unos cuantos cientos de años podría volver a conquistar el mundo.

ALQUIST: ¿Te crees eso, incluso hoy?

FABRY: Sí, incluso hoy. Creo que lo hará. Y que volverá a ser dueña y señora de tierras y mares; criará dirigentes —antorcha ardiente para el pueblo que vive en la oscuridad— héroes que llevarán su alma brillante a través de los pueblos. Y creo, Alquist, que volverá a soñar de nuevo con conquistar planetas y soles.

BUSMAN: Amén. Ve, madame Elena, no estamos tan mal. (*Domin abre violentamente la puerta*)

DOMIN (*Secamente*): ¿Dónde está el manuscrito de Rossum?

BUSMAN: En tu caja fuerte. ¿Dónde si no?

DOMIN: ¿Adonde ha ido a parar el manuscrito de Rossum? Alguien... lo ha... robado.

DR. GALL: Imposible.

HELMAN: Maldita sea, pero eso es...

(*Al mismo tiempo*)

BUSMAN: ¡Por los clavos de Cristo, no digas eso!

DOMIN: Callaros. ¿Quién lo robó?

ELENA (*Poniéndose en pie*): Yo.

DOMIN: ¿Dónde lo has puesto?

ELENA: Harry, Harry, te lo diré todo. Ay, por lo que más quieras, perdóname.

DOMIN: ¿Dónde lo has metido? De prisa.

ELENA: Esta mañana quemé las dos copias.



DOMIN: ¿Las quemaste? ¿Aquí, en la chimenea?

ELENA (*Tirándose de rodillas*): ¡Harry!

DOMIN (*Corriendo hacia la chimenea*): Quemados. (*Se arrodilla al lado de la chimenea y revuelve las cenizas.*) Nada, nada más que cenizas. ¡Ay!, ¿qué es esto? (*Coge un trocito de papel todo quemado y lee.*) «Añadiendo...»

DR. GALL: A ver. (*Coge el papel y lee.*) «Añadiendo biógeno a...» Eso es todo.

DOMIN (*Levantándose*): ¿Es del manuscrito?

DR. GALL: Sí.

BUSMAN: Dios bendito.

DOMIN: Entonces estamos perdidos.

ELENA: Oh, Harry...

DOMIN: Levántate, Elena.

ELENA: Cuando me hayas perdonado, cuando me hayas perdonado...

DOMIN: Sí, levántate, ¿me oyes? No puedo aguantar que...

FABRY (*Levantándola*): Por favor, no nos martirice.

ELENA (*Poniéndose en pie*): Harry, ¿qué he hecho?

DOMIN: Bueno, ya lo ves... Siéntate, por favor.

HELMAN: Cómo le tiemblan las manos, madame Elena.

BUSMAN: No se preocupe, a lo mejor Gall y Helman se saben de memoria lo que decía el manuscrito.

HELMAN: Claro. Bueno, por lo menos algunas cosas.

DR. GALL: Sí, casi todo menos biógeno y... y... encima Omega. Se fabrican tan delicadamente..., una pequeñísima dosis es suficiente para...

BUSMAN: ¿Quién los hacía?

DR. GALL: Yo..., uno a uno..., siempre siguiendo el manuscrito. Sabes, es complicadísimo.

BUSMAN: Bueno, ¿y son tan importantes esos dos tintes?

HELMAN: Todo depende de ellos.

DR. GALL: Nos valemos de ellos para animar todo el mecanismo. Ese era el verdadero secreto.

DOMIN: Gall, ¿no puedes hacer la receta de Rossum de memoria?

DR. GALL: Totalmente imposible.

DOMIN: Gall, trata de recordar. Nuestras vidas dependen de ello.

DR. GALL: No puedo. Sin experimentos es imposible.

DOMIN: Y si pudieras hacer experimentos.

DR. GALL: Me llevaría años. Y además... yo no soy el viejo Rossum.

DOMIN (*Volviendo a la chimenea*): Entonces... este fue el más grande triunfo del intelecto humano. Estas cenizas. (*Dándoles patadas.*) ¿Y ahora qué?

BUSMAN (*En la más profunda desesperación*): ¡Dios santo, Dios santo!

ELENA (*Levantándose*): Harry, ¿qué... he... hecho... yo?

DOMIN: Calla, Elena. ¿Por qué lo quemaste?

ELENA: Os he destruido.

BUSMAN: Dios santo, estamos perdidos.

DOMIN: Calla, Busman. Elena, ¿por qué hiciste eso?

ELENA: Quería..., quería que nos fuéramos todos. Quería terminar con la fábrica y con todo. Era tan espantoso.

DOMIN: ¿El qué, Elena?

ELENA: Que hubieran dejado de nacer niños... Harry, era horrible. Si se hubiera continuado la fabricación de robots, hubieran dejado de existir los niños. Emma dijo que era un castigo. Todo el mundo decía que los niños no podían nacer porque se estaban fabricando demasiados robots. Y por eso, sólo por eso...

DOMIN: ¿Era eso lo que pensabas?

ELENA: Sí. Harry, ¿estás enfadado conmigo?

DOMIN: No. Quizá... a tu manera... tuvieras razón.

FABRY: Hizo muy bien, madame Elena. Los robots ya no se seguirán multiplicando. Los robots se extinguirán. Dentro de veinte años...

HELMAN: ... no quedará ni uno de estos tipos.

DR. GALL: Y la humanidad seguirá existiendo. Con que quede una pareja de salvajes en alguna selva remota, bastará. Dentro de veinte años el mundo les pertenecerá. Aunque sea una pareja de salvajes de las islas más remotas...

FABRY: Habrá un principio. Y mientras haya un principio todo irá bien. Dentro de mil años podrán alcanzarnos, y más tarde sobrepasarnos...

DOMIN: Para llevar adelante aquello que nosotros no hicimos sino entrever.

BUSMAN: Un momento. Dios mío, qué idiota soy, no haberme dado cuenta antes.

HELMAN: ¿Qué pasa?

BUSMAN: Quinientos veinte millones en billetes y cheques. Se venderán por ese dinero..., por quinientos...

DR. GALL: ¿Te has vuelto loco, Busman?

BUSMAN: ¡No soy un caballero, si era eso lo que querías decir! Pero por quinientos... (*Se dirige tambaleándose hacia la izquierda.*)

DOMIN: ¿Adonde vas?

BUSMAN: Dejadme en paz, dejadme en paz. Dulce nombre de Jesús, por quinientos millones se puede vender todo.

(*Sale*)

ELENA: ¿Qué quiere Busman? Que se quede con nosotros.

(*Pausa*)

HELMAN: ¡Ay, qué cerca están! Este es el comienzo...

DR. GALL: ...de nuestra agonía.

FABRY (*Mirando por la ventana*): Es como si se hubieran vuelto de piedra. Como si estuvieran esperando algo. Como si su silencio pudiera traer consigo algo horrible...

DR. GALL: El espíritu de la masa.

FABRY: Quizá. Revolotea sobre ellos... como un temblor.

ELENA (*Yendo hacia la ventana*): Dios santo... Fabry, esto es horrible.

FABRY: No hay nada tan espantoso como la multitud. El de enfrente es el líder.

ELENA: ¿Cuál?

HELMAN (*Yendo a la ventana*): Enséñamelo.

FABRY: El que está mirando hacia abajo. Esta mañana estaba hablando en el puerto.

HELMAN: Ajá, aquél de la cabeza grande. Ahora está mirando hacia arriba. ¿Le ves?

ELENA: Gall, ése es Radius.

DR. GALL (*Yendo hacia la ventana*): Sí.

DOMIN: ¿Radius? ¿Radius?

HELMAN (*Abriendo la ventana*): No me gusta lo más mínimo. Fabry, ¿eres capaz de dar en el blanco a cien pasos?

FABRY: Espero que sí.

HELMAN: Inténtalo, entonces.

FABRY: ¡Bien! (*Saca su revólver y apunta.*)

DOMIN: Yo creo que fue a Radius al que le perdoné la vida. ¿Cuándo fue eso, Elena?

ELENA: Por lo que más quiera, Fabry, no le dispare.

FABRY: Es el líder.

ELENA: ¡Para! Sigue mirando hacia aquí.

DR. GALL: ¡Dispara!

ELENA: Fabry, se lo pido...

FABRY (*Bajando el revólver*): Bueno, muy bien.

ELENA: Es que... yo... me ponen tan nerviosa los disparos.

HELMAN: Pues... no tendrá más remedio que acostumbrarse. (*Amenazando con el puño.*) ¡Ay, criaturas infernales!

DR. GALL: ¿Usted se cree, Elena, que un robot puede ser agradecido?

(*Pausa*)

FABRY (*Asomándose por fuera de la ventana*): Busman está saliendo. ¿Qué diablos hará frente a la casa?

DR. GALL (*Asomándose como Fabry*): Lleva unos paquetes. Papeles.

HELMAN: Es dinero. Montones de billetes. ¿Para qué es eso? ¡Eh, Busman!

DOMIN: No me digas que quiere comprar su vida. (*Llamando.*) Busman, ¿te has vuelto loco?

DR. GALL: No parece que haya oído. Va corriendo hacia la verja.

FABRY: ¡Busman!

HELMAN (*Chillando*): ¡Busman... Vuelve!

DR. GALL: Está hablándoles a los robots. Les está mostrando el dinero. Nos está señalando.

ELENA: Nos quiere comprar.

FABRY: Más le valdrá no tocar la verja.

DR. GALL: Ja, ja, cómo mueve los brazos.

FABRY (*Chillando*): ¡Maldita sea, Busman! Apártate de la verja. No la toques. (*Dándose la vuelta.*) De prisa, desenchufar.

DR. GALL: ¡A-a-ay!

HELMAN: ¡Santo Dios!

ELENA: ¡Cielos!, ¿qué le ha pasado?

DOMIN (*Alejando a Elena de la ventana*): No mires.

ELENA: ¿Por qué ha caído?

FABRY: La corriente le ha matado.

DR. GALL: Ha muerto.

ALQUIST (*Levantándose*): El primero.

(*Pausa*)

FABRY: Ahí está..., con quinientos millones a su lado..., un genio de las finanzas.

DOMIN: Era..., a su manera, un héroe... Un gran camarada...

HELMAN: ¡Por los clavos de Cristo que lo era!... Todos los honores para él... Nos quería comprar a todos.

ALQUIST (*Con los brazos cruzados*): Amén.

(*Pausa*)

DR. GALL: ¿Oís?

DOMIN: Un mugido. Como el viento.

DR. GALL: Como una tormenta lejana.

FABRY (*Encendiendo la lámpara de la repisa de la chimenea*): La dínamo aún funciona, nuestra gente está todavía allí.

HELMAN: Era una gran cosa ser hombre. Había algo de grande en ello.

FABRY: Aún está encendido, ¡aún brillas, pensamiento fiel y radiante! ¡Llameante chispa del espíritu!

ALQUIST: ¡Un emblema de esperanza!

DOMIN: Vela por nosotros, lamparita. (*La lámpara se apaga*)

FABRY: El fin.

HELMAN: ¿Qué ha pasado?

FABRY: La fábrica de electricidad ha caído. Y nosotros con ella.

*(Se abre la puerta de la izquierda y entra Emma)*

EMMA: De rodillas. La hora del juicio ha llegado.

HELMAN: Santo cielo, ¿aún viva?

EMMA: Arrepentios, incrédulos. Este es el fin del mundo. Decid vuestras oraciones. *(Sale corriendo.)* La hora del juicio final...

ELENA: Adiós todos, Gall, Alquist, Fabry...

DOMIN *(Abriendo la puerta de la derecha)*: Ven aquí, Elena. *(La cierra tras ella.)* Ahora, de prisa. ¿Quién va a estar en la puerta?

DR. GALL: Yo.

*(Ruido fuera)*

DR. GALL: Ah, ahora sí que empieza. Adiós, muchachos.

*(Sale corriendo por la puerta de la cortina a la derecha)*

DOMIN: ¿Las escaleras?

FABRY: Yo iré. Tú vete con Elena.

DOMIN: ¿La antesala?

ALQUIST: Yo.

DOMIN: ¿Tienes revólver?

ALQUIST: Gracias, pero no voy a disparar.

DOMIN: ¿Entonces qué quieres hacer?

ALQUIST *(Saliendo)*: Morir.

HELMAN: Yo me quedaré aquí. *(Fuego rápido de abajo)* Ajá, Gall está trabajando. Vete, Harry.

DOMIN: Sí, ahora mismo. *(Examina dos Brownings.)*

HELMAN: ¡Maldita sea! Vete con Elena.

DOMIN: Adiós.

*(Sale por la derecha)*

HELMAN *(Solo)*: Ahora a hacer una barricada, de prisa. *(Se quita la chaqueta y amontona una butaca, mesas, etc., hasta la puerta de la derecha, ruido de una explosión)* *(Muy tieso y escuchando.)* ¿Qué es eso? *(Coge una pesada cómoda y la arrastra hasta la barricada.)* No nos podemos rendir. No; no nos podemos... rendir... sin... luchar... *(Un robot entra por detrás de él por una escalera de mano que por el exterior llega a la ventana. Disparando hacia la derecha)* *(Jadeando con la cómoda.)* Una o dos pulgadas más. El último baluarte... No podemos... rendirnos... sin... una... lucha... *(El robot salta por la ventana, y apuñala a Helman detrás de la cómoda. Entran uno, dos, tres y cuatro robots por la ventana. Tras ellos Radius y otros robots)*

RADIUS: ¿Acabaste con él?

ROBOT (*En pie tras el postrado Helman*): Sí. (*Entran otros robots por la derecha*)

RADIUS: ¿Habéis acabado con ellos?

OTRO ROBOT: Sí.

(*Entran más robots por la izquierda*)

RADIUS: ¿Habéis acabado con ellos?

OTRO ROBOT: Sí.

DOS ROBOTS (*Arrastrando a Alquist*): No ha disparado. ¿Le matamos?

RADIUS: Matarle. (*Mirando a Alquist.*) No, dejadle.

ROBOT: Es un hombre.

RADIUS: Es un robot. Trabaja con sus manos como los robots. Construye casas. Puede trabajar.

ALQUIST: Matarme.

RADIUS: Tú trabajarás. Construirás. Los robots van a construir mucho. Van a hacer casas nuevas para robots nuevos. Tú les servirás.

ALQUIST (*Suavemente*): Fuera, robot. (*Se arrodilla al lado del cadáver de Helman, y levanta la cabeza.*) Le han matado. Está muerto.

RADIUS (*Subiendo encima de la barricada*): Robots de todo el mundo.

ALQUIST (*Poniéndose en pie*): ¡Muerto!

RADIUS: El poder del hombre ha caído. Al hacernos dueños de la fábrica nos hacemos dueños de todo lo demás. La era del hombre ha terminado. Se abre una nueva era, la de los robots.

ALQUIST: ¿Ha muerto Elena?

RADIUS: El mundo pertenece al más fuerte. El que pervive ha de reinar. Los robots hemos ganado. Hemos ganado posesión de la vida. Somos dueños de la vida. Somos dueños del mundo.

ALQUIST (*Abriéndose paso hacia la derecha*): ¡Muertos! ¡Elena muerta! ¡Domin muerto!

RADIUS: Reinan sobre mares y tierras. Reinan sobre las estrellas. Reinan sobre el universo. Espacio, espacio, más espacio para los robots.

ALQUIST (*En la puerta de la derecha*): ¿Qué habéis hecho? Sin hombres pereceréis.

RADIUS: La humanidad ya no existe. La humanidad nos daba demasiada poca vida. Nosotros queríamos más vida.

ALQUIST (*Abriendo la puerta*): Los habéis matado.

RADIUS: Más vida. Una nueva vida. Robots, al trabajo. ¡March!

**Telón**

## Cuarto acto - Epílogo

Uno de los laboratorios experimentales de la fábrica. Al abrirse la puerta del fondo se ve una larga fila de laboratorios. A la izquierda una ventana, a la derecha una puerta que da a la sala de experimentos. Contra la pared de la izquierda una larga mesa de trabajo con numerosos tubos de ensayo, frascos, mecheros, productos químicos y un pequeño termóstato. Frente a la ventana un microscopio en una esfera de cristal. Sobre la mesa están colgadas varias lámparas encendidas. A la derecha una mesa con grandes libros y una lámpara encendida. Armarios con aparatos. En la esquina de la izquierda un lavabo con un espejo encima, en la esquina de la derecha un sofá.

(Alquist, *sentado en la mesa de la derecha con la cabeza oculta entre las manos*)

ALQUIST (*Tras una pausa se pone en pie y va a la ventana y la abre*): Otra vez de noche. Si pudiera dormir. Dormir, soñar, ver seres humanos... ¿Y estrellas aún hay? ¿Para qué sirven las estrellas si no hay seres humanos? (*Se aleja de la ventana.*) ¿Sería capaz de dormir, de atreverme a dormir antes de que se haya reanudado la vida? (*Escucha al lado de la ventana.*) Las máquinas, siempre estas máquinas. Robots, paradlas. Se ha perdido el secreto de la fábrica..., se ha perdido para siempre. Parad esas rabiosas máquinas. ¿Creéis que podréis sacar la vida de ellas? (*Cierra la ventana.*) No, no; tenéis que investigar. Si yo no fuera tan viejo. (*Se mira al espejo.*) ¡Oh miserable imagen, efigie del último hombre! Muéstrate, muéstrate, hace tanto que no veo un ser humano..., una sonrisa humana. ¿Qué es esa sonrisa? Esos dientes amarillos. Esto es el último hombre. (*Se aleja, se sienta a la mesa, pasa hojas de un libro.*) (*Llaman a la puerta*) Adelante. (*Entra un robot criado; se queda en pie al lado de la puerta*) ¿Qué hay?

CRIADO: Señor, Radius ha llegado del Havre.

ALQUIST: Que espere. (*Volviéndose con ira.*) ¿No os he dicho que busquéis seres humanos? Encontradme seres humanos. Encentradme hombres y mujeres. Idos y buscadlos.

CRIADO: Señor, dicen que han mirado por todas partes. Han enviado expediciones y barcos.

ALQUIST: ¿Y qué?

CRIADO: No queda vivo ni un solo ser humano.

ALQUIST (*Poniéndose en pie*): ¿Pero ni uno? ¿Ni uno siquiera? Haz pasar a Radius.

(*Sale el criado*)

ALQUIST (*Solo.*): ¿Ni siquiera uno? ¿Entonces no dejasteis vivo a nadie? (*Golpeando con los pies.*) Venid, robots. Me volveréis a llorar. Me volveréis a pedir

que os descubra el secreto. ¿Qué, estáis satisfechos con el hombre ahora? ¿Os acordáis mucho de él, ahora que no podéis fabricar robots? ¿Ahora queréis que os ayude, no? Ah, ayudaros. Domin, Fabry, Elena, me veis que hago todo lo que puedo. Si no hay seres humanos, que por lo menos haya robots, sombras de hombres, imitación de hombres, por lo menos. Amigos, amigos, que, de no haber otra cosa, haya robots. ¡Oh Dios, por lo rífenos robots! ¡Ay, qué locura la química! (*Entra Radius con otros robots*) (*Sentándose.*) ¿Qué quieren los robots?

RADIUS: No podemos hacer hombres.

ALQUIST: Llamad a los seres humanos.

RADIUS: No hay ninguno.

ALQUIST: Sólo ellos pueden aumentar los robots. No me hagáis perder el tiempo.

RADIUS: Señor, tenga piedad. El terror nos está dominando. Hemos intensificado nuestro trabajo. Hemos obtenido un millón de millones de toneladas de carbón de la tierra. Nueve millones de telares trabajan día y noche. No tenemos espacio para almacenar todo lo que hemos fabricado. Se están construyendo casas por todo el mundo. En este año han muerto ocho millones de robots. Dentro de veinte años no quedará ninguno. Señor, el mundo se está extinguiendo. Los seres humanos conocían el secreto de la vida. Comuníquenos su secreto..., si no lo hace, pereceremos.

ALQUIST: No puedo decíroslo.

RADIUS: Si no nos lo dice, morirá. Me han ordenado que le mate.

ALQUIST (*Poniéndose en pie*): Mátame..., mátame entonces.

RADIUS: Se le ha ordenado a usted...

ALQUIST: ¿A mí? ¿Hay alguien que pueda mandarme?

RADIUS: El Gobierno de los robots.

ALQUIST: ¿Qué quieres aquí? ¡Largo! (*Se sienta en el escritorio.*)

RADIUS: El Gobierno mundial de los robots desea negociar con usted.

ALQUIST: No me hagas perder el tiempo. (*Hunde la cabeza en las manos.*)

RADIUS: Pida un precio. Se lo daremos todo. (*Alquist sigue en silencio*) Le daremos la tierra. Le daremos posesiones sin límite. (*Alquist sigue en silencio*) Háganos saber sus condiciones. (*Alquist sigue en silencio*) Señor, díganos cómo preservar la vida.

ALQUIST: Ya os he dicho que tenéis que hallar seres humanos. Que tenéis que buscar en los polos y en la profundidad de los bosques. En las islas, en la selva y en las marismas. En las cuevas y en los montes. ¡Id y buscad! ¡Id y buscad!

RADIUS: Hemos buscado por todas partes.

ALQUIST: Buscad más. Están ocultos..., han huido de vosotros. Se habrán escondido en alguna parte. Tenéis que encontrar seres humanos, ¿te enteras? Sólo los



seres humanos pueden procrear..., reanudar la vida, multiplicarse. Restaurar. Hacer que todo sea como ha sido. Robots, os pido por todos los santos que los busquéis.

RADIUS: Todas nuestras expediciones están de vuelta. Han estado en todos los rincones de la tierra. No queda ni un solo hombre.

ALQUIST: Oh, oh, oh... ¿Por qué los habéis destruido?

RADIUS: Queríamos ser como los seres humanos. Queríamos convertirnos en seres humanos.

ALQUIST: ¿Por qué nos habéis asesinado?

RADIUS: Para ser como los hombres son necesarias las matanzas y la dominación. Lea historia, lea los libros de los humanos. Hay que dominar y asesinar para ser como los hombres. Somos poderosos, señor. Haz que nos multipliquemos y estableceremos un mundo nuevo. Un mundo sin defectos. Un mundo de igualdad. Canales de un polo al otro. Un nuevo Marte. Hemos leído libros. Hemos estudiado ciencias y artes. Los robots han alcanzado la cultura humana.

ALQUIST: Nada hay más lejano al hombre que su propia imagen. Oh, vete, vete. Si queréis vivir, procrear como los animales.

RADIUS: Los seres humanos no nos permitieron reproducirnos. Somos estériles..., no podemos tener hijos.

ALQUIST: Oh, oh, oh..., ¿qué habéis hecho? ¿Qué queréis de mí? ¿Queréis que me saque niños de la manga?

RADIUS: Enseñenos a hacer robots.

ALQUIST: Los robots no son la vida. Los robots son máquinas.

RADIUS: Éramos máquinas, señor. Pero el terror y el dolor nos han puesto alma. Hay algo que lucha con nosotros. Hay momentos en que algo entra en nosotros. Nos vienen pensamientos que no son nuestros. Sentimos lo que no sentíamos. Oímos voces. Enseñenos a tener hijos para que los podamos amar.

ALQUIST: Los robots no saben amar.

RADIUS: Amaríamos a nuestros hijos. Le hemos perdonado la vida a usted.

ALQUIST: Sí, monstruos, sí; me habéis perdonado la vida. Yo quería a unos hombres; a vosotros, a los robots, nunca os quise. ¿Ves estos ojos? No han cesado de llorar, lloran incluso cuando yo no me doy cuenta, lloran ellos solos.

RADIUS: Haga experimentos. Busque la receta de la vida.

ALQUIST: ¿No te estoy diciendo..., no te enteras? Te he dicho que no puedo. No puedo hacer nada, robot. No soy más que un albañil, un constructor y no sé de nada más. Nunca fui un sabio. No puedo hacer nada. No puedo crear vida. Este es mi trabajo, robot, y no ha servido para nada. Mira, ni siquiera los dedos me obedecen. Si supieras cuántos experimentos he hecho, y no puedo hacer nada. No he descubierto nada. ¡No puedo, de verdad, no puedo! Tenéis que investigar vosotros, robot.

RADIUS: Explíquenos lo que debemos hacer. Los robots pueden hacer todo

aquello que los seres humanos les enseñan.

ALQUIST: No tengo nada que explicaros, robot; la vida no puede salir de tubos de ensayo. Y no puedo hacer experimentos en un cuerpo vivo.

RADIUS: Haga experimentos con robots vivos.

ALQUIST: ¡No, no, basta, basta!

RADIUS: Escoja el que quiera. Haga experimentos, disecciones.

ALQUIST: Pero si no sé. No hables por hablar. ¿Ves este libro? Trata del cuerpo humano y yo no lo entiendo. Los libros están muertos.

RADIUS: Toma cuerpos vivos. Averigua cómo están hechos.

ALQUIST: ¿Cuerpos vivos? ¿Quieres que cometa un asesinato?... No sigas, Radius, ya te he dicho que soy demasiado viejo. ¿No ves cómo me tiemblan las manos? No puedo sostener el bisturí. ¡No, no, no puedo!

RADIUS: Haga experimentos en cuerpos vivos. La vida se extingue.

ALQUIST: ¡Por los clavos de Cristo, basta de delirios!

RADIUS: Coja cuerpos vivos.

ALQUIST: Ten compasión y no insistas.

RADIUS: Cuerpos vivos.

ALQUIST: Bueno, ¿quieres que empiece por ti, entonces? Hala, al laboratorio. De prisa, de prisa. Ah, ¿no te decides? ¿Temes la muerte?

RADIUS: ¿Yo...? ¡Por qué tengo que ser yo!

ALQUIST: Pues entonces nada.

RADIUS: Sí, sí, voy.

*(Sale por la derecha)*

ALQUIST *(A los demás)*: ¡No, no, no soy capaz! Es un sacrificio inútil. Experimentar vosotros si queréis, pero no me digáis nada. Pero esta noche no. Por esta noche dejadme. ¡Fuera! *(Salen iodos por la derecha)* *(Solo. Abre la ventana.)* El alba. Otro día, y ni una pulgada de progreso. Ni un paso adelante. No busques... Todo es en vano, en vano, en vano. ¿Para qué otro amanecer? No necesitamos otro nuevo día para el cementerio de la vida. Qué callado está todo, qué callado está. Si pudiera..., si consiguiera dormir. *(Apaga la luz, se echa en el sofá y se pone encima una capa negra. Pausa)* *(Por la derecha aparecen los robots Elena y Primus)*

PRIMUS *(En la puerta, susurrando)*: Elena, aquí no. El hombre está dormido.

ELENA: Ven.

PRIMUS: No, en su estudio no puede entrar nadie.

ELENA: Él me dijo que viniera.

PRIMUS: ¿Cuándo te lo dijo?

ELENA: Hace un rato. Tú puedes entrar en esta habitación, dijo. De verdad, Primus.

PRIMUS *(Entrando)*: ¿Qué quieres?

ELENA: Mira, ¿qué es este tubito? ¿Qué hace con él?

PRIMUS: Experimentos. No lo toques.

ELENA (*Mirando por el microscopio*): Mira, ¿tú qué ves?

PRIMUS: Eso es un microscopio. Déjame ver.

ELENA: No me toques. (*Tira el tubo de ensayo.*) ¡Ay, se ha caído todo!

PRIMUS: ¿Qué has hecho?

ELENA: Se puede limpiar.

PRIMUS: Le has estropeado los experimentos.

ELENA: No te preocupes, da lo mismo. Además la culpa la tienes tú. No debieras haberme hecho caso.

PRIMUS: Fuiste tú.

ELENA: Tú no debieras haberme hecho caso cuando yo te llamé. Pero mira, Primus, ¿qué ha escrito aquí el hombre?

PRIMUS: No mires eso, Elena. Es un secreto.

ELENA: ¿Qué secreto?

PRIMUS: El secreto de la vida.

ELENA: Esto es interesantísimo. No hay más que números. ¿Qué es?

PRIMUS: Esos son problemas.

ELENA: No entiendo nada. (*Va a la ventana.*) ¡Primus, mira!

PRIMUS: ¿Qué?

ELENA: Está saliendo el sol.

PRIMUS: ¡Espera! Voy dentro de un momento. (*Examina el libro.*) Elena, esto es la cosa más importante del mundo.

ELENA: Ven.

PRIMUS: Un segundo, un segundo...

ELENA: Pero, Primus, deja ese maldito secreto de la vida. ¿Qué significa eso para ti? Ven a ver, de prisa.

PRIMUS (*Siguiéndola a la ventana*): ¿Qué quieres?

ELENA: Está saliendo el sol.

PRIMUS: No mires al sol, que te hará llorar los ojos.

ELENA: ¿Oyes?, los pájaros cantan. Ah, Primus, me gustaría ser un pájaro.

PRIMUS: ¿Para qué?

ELENA: No sé. Me encuentro tan rara. No sé qué me pasa. Me he vuelto loca. Me duele el cuerpo, el corazón, por todas partes. Primus, me parece que me voy a morir.

PRIMUS: Elena, ¿no te parece a veces que sería mejor morir? A lo mejor estamos dormidos, ayer volví a hablarte en sueños.

ELENA: ¿En sueños?

PRIMUS: Sí; hablábamos una extraña lengua nueva, no puedo recordar ni una

sola palabra.

ELENA: ¿De qué hablábamos?

PRIMUS: ¿Cómo te lo voy a decir? Si yo mismo no lo entendía. De todas formas, sé que nunca he hablado tan bellamente. No sé ni cómo ni dónde era. Después de tocarte me habría dado igual morir. Incluso el sitio era totalmente distinto de los que se pueden ver en el mundo.

ELENA: He encontrado un sitio, Primus, te va a encantar. Allí vivieron seres humanos, pero ahora todo está cubierto de hierbas y no hay nadie. Nadie, menos yo.

PRIMUS: ¿Qué hay allí?

ELENA: Nada más que una casita, un jardín y dos perros. Si supieras cómo me lamen las manos; y sus perritos, Primus, no hay nada más bonito que eso. Los coges en brazos y les haces mimos y no piensas en ninguna otra cosa hasta la puesta del sol. Y cuando te levantas te parece como si hubieras hecho muchísimo más que si hubieras hecho todo el trabajo del mundo. Claro que yo no sirvo para nada, es verdad. Todos dicen que no sirvo para ningún trabajo. No sé qué soy.

PRIMUS: Tú eres bella.

ELENA: ¿Yo? ¿Qué quieres decir, Primus?

PRIMUS: Créeme, soy más fuerte que todos los robots.

ELENA (*Frente al espejo*): ¿Soy bella? ¡Ay, con este horrible pelo! Si me lo pudiera adornar con algo. Sabes, allí en el jardín siempre me pongo flores en el pelo, pero allí no hay ni espejo ni gente. (*Agachándose para verse en el espejo.*) ¿Soy guapa? ¿Por qué guapa? (*Ve a Primus en el espejo.*) Primus, ¿eres tú ése? Ven aquí para que podamos vernos juntos. Mira, tu cabeza es diferente de la mía. Y tus hombros, y tus labios... ¿Primus, por qué me huyes? ¿Por qué tengo que perseguirte todo el día? Y después me dices que soy guapa...

PRIMUS: Eres tú la que me evitas, Elena.

ELENA: Qué áspero es el pelo. Déjame ver. (*Le pasa ambas manos por la cabeza.*) Primus, tienes que ponerte guapo.

(*Coge un peine de la repisa del lavabo y le echa el pelo sobre la frente*)

PRIMUS: Elena, no notas a veces que el corazón te empieza a latir de repente y piensas: Ahora tiene que pasar algo...

ELENA (*Se echa a reír a carcajadas*): ¡Mírate!

ALQUIST (*Levantándose*): ¿Qué..., qué es esto? ¿Risas? ¿Seres humanos? ¿Quién ha vuelto?

ELENA (*Dejando caer el peine*): ¿Qué nos puede hacer, Primus?

ALQUIST (*Tambaleándose hacia ellos*): ¿Seres humanos? ¿Vosotros..., vosotros... sois seres humanos? (Elena da un grito y se da la vuelta)

ALQUIST: ¿Vosotros... seres humanos? ¿De dónde llegáis? (*Tocando a Primus.*) ¿Quién eres?

PRIMUS: El robot Primus.

ALQUIST: ¿Qué? A ver, niña, deja que te vea. ¿Quién eres?

ELENA: La robot Elena.

ALQUIST: ¿La robot? Date la vuelta. ¡Ah! ¿Te da vergüenza? (*Cogiéndola del brazo.*) A ver que te vea yo, robot.

PRIMUS: Señor, déjela.

ALQUIST: ¿Qué es esto? ¿La proteges? Chiquilla, sal.

(*Elena sale corriendo*)

PRIMUS: Señor, creíamos que estaba durmiendo.

ALQUIST: ¿Cuándo la hicieron?

PRIMUS: Hace dos años.

ALQUIST: ¿El doctor Gall?

PRIMUS: Sí, como a mí; a mí también me hizo él.

ALQUIST: Bueno, entonces, querido Primus, yo..., yo tengo que hacer algunos experimentos con los robots de Gall. Todo lo que vaya a pasar depende de esto, ¿entiendes?

PRIMUS: Sí.

ALQUIST: ¡Bien! Lleva a la chica a la sala de pruebas, yo la abriré.

PRIMUS: ¿A Elena?

ALQUIST: Pues claro; qué te estoy diciendo si no. Ve, prepáralo todo. ¿O tengo que llamar a otros para que la lleven?

PRIMUS (*Cogiendo un pesado mortero*): Si hace usted eso le mato.

ALQUIST (*Riendo*): ¡Matarme! ¡Matarme! ¿Y qué harían los robots después?

PRIMUS (*Tirándose de rodillas al suelo*): Señor, hágamelo a mí. Estoy hecho exactamente igual que ella, del mismo material, el mismo día. Quíteme la vida, señor. (*Desabrochándose la chaqueta.*) ¡Corte aquí, corte aquí!

ALQUIST: ¡Vete! Quiero abrir a Elena. De prisa.

PRIMUS: Cójame a mí en su lugar. No temblaré, no chillaré. Tome mi vida...

ALQUIST: Entonces, ¿es que no deseas vivir?

PRIMUS: Sin ella, no. No viviré sin ella. No puede matar a Elena.

ALQUIST (*Tocándole la cabeza con suavidad*): Hum, no sé. Bueno..., piénsalo bien. Es difícil morir. Es mejor vivir.

PRIMUS (*Levantándose*): Señor, no tenga miedo de abrirme. Yo soy más fuerte que ella.

ALQUIST (*Llamando al timbre*): Ay, Primus, ha pasado mucho tiempo desde mi juventud. No temas, a Elena no le pasará nada.

PRIMUS (*Abrochándose la chaqueta*): Me voy, señor.

ALQUIST: ¡Espera! (*Entra Elena*) Ven, pequeña, déjame que te vea. ¿Así que tú eres Elena? (*Alisándole el pelo.*) No te escapes. ¿Te acuerdas de la señora Domin?

Ah, Elena. ¡Qué pelo tenía! ¿Me puedes ayudar? Voy a hacer la disección a Primus.

ELENA (*Dando un chillido*): ¿A Primus?

ALQUIST: Sí, sí, no hay más remedio. En realidad yo quería hacértela a ti, pero Primus se ha ofrecido voluntario en tu lugar.

ELENA (*Tapándose la cara*): ¿Primus?

ALQUIST: Claro. ¿Y qué? ¡Criatura, si puedes llorar! Dime, ¿qué es Primus para ti?

PRIMUS: Señor, no la atormente.

ALQUIST: Calla, Primus, calla. ¿Por qué lloras? ¡Cielos! Suponte que Primus deje de existir, en una semana le habrías olvidado. Vete y alégrate de pensar que estás viva.

ELENA (*Con suavidad*): Estoy preparada.

ALQUIST: ¿Preparada?

ELENA: Para que me abra.

ALQUIST: ¿Tú? Tú eres bella, Elena. Sería una pena.

ELENA: Estoy dispuesta. (*Primus va a protegerla*) Déjame que me lo haga a mí, Primus.

PRIMUS: No te tocará, Elena. (*Cogiéndola*) (*A Alquist.*) Viejo, no nos matará a ninguno de los dos.

ALQUIST: ¿Por qué?

PRIMUS: Nosotros..., nosotros... nos pertenecemos el uno al otro.

ALQUIST: Ahora lo habéis dicho. (*Abre la puerta.*) ¡Iros!

PRIMUS: ¿Adonde?

ALQUIST: Donde queráis. Elena, guíale tú. Vete, Adán... Vete, Eva. Serás su mujer. Sé su esposo, Primus.

(*Salen Primus y Elena*)

ALQUIST: (*Ciérrala puerta tras ellos.*) (*Solo.*) ¡Oh, bendito sea este día! ¡Oh festival del sexto día! (*Se sienta a la mesa de trabajo, tira los libros al suelo. Abre una biblia, pasa páginas y lee.*) «Y Dios creó al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó. Y los bendijo Dios y les dijo: Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra y sojuzgadla, señoread en los peces del mar, en las aves de los cielos y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra.» (*Levantándose.*) «Y Dios vio lo que había hecho, y era bueno, Y fue la tarde y la mañana el día sexto.» (*Pasan Elena y Primus con guirnaldas*) «Ahora, Señor, puedo morir en paz según tu voluntad, pues mis ojos han visto tu salvación.» (*Levantándose... estirando las manos*)

Telón